



Año II.— Núm. 55

16 de Enero de 1915

La Esfera

ILUSTRACIÓN MUNDIAL



EL GENERAL JOFFRE
Jefe de los Ejércitos aliados, cuya figura se destaca brillante en la actual campaña.

DIBUJO DE GAMONAL
Biblioteca de Comunicació
Hemeroteca General

DE LA VIDA QUE PASA: LA PRENSA GRÁFICA

Si se promoviese un plebiscito para indagar las causas probables de la difusión de la prensa en estos últimos años, comprobaríamos fácilmente que el lector había cedido, en la mayoría de los casos, para aficionarse á este ó el otro periódico, á un estímulo, que no por ser pueril es desdeñable como iniciación en la cultura: la curiosidad visual. En pueblos meridionales, predilectos del sol, casi toda la vida social transcurre á la intemperie, hábito que concluye por dar á la vista notable predominio sobre los demás sentidos.

El español no ha contraído todavía la saludable costumbre de oír, ni parece, desgraciadamente, en camino de habituarse á reflexionar; pero, la naturaleza le ha compensado de aquella privación abriéndole mucho los ojos. Todo el que ha viajado por países de cielo gris y de bruma, ha podido advertir que las gentes van como absortas en la calle. Desamparadas de todos los encantos que pone el sol en torno de los seres, se refugian en el paisaje interior, en la secreta voluptuosidad del pensamiento. Aquí pasa lo contrario. Las gentes, cautivas de las cosas exteriores, que adquieren poderoso relieve, en la plenitud luminosa del día, invierten todo su caudal de atención en ver. Toda su energía interior se localiza en la mirada.

No me arriesgaré á sostener que la subordinación de todos los sentidos á uno solo, que es, por cierto, el más primitivo ó elemental, corresponda al más alto grado de la civilización, pero, es innegable que un pueblo de gran actividad visual está en vísperas de ser inteligente. Así, nuestra prensa gráfica, está fomentando, sin proponérselo tal vez, la costumbre de pensar.

En épocas todavía recientes, los periódicos circulaban poco y no precisamente porque su texto doctrinal fuese frágil, sino por todo lo contrario. El lector no se resignaba á que se le diesen las ideas, ó los lugares comunes, mejor dicho, á palo seco. Procurarse la adhesión espiritual ó política de la gente, sin divertirla, esto es, sin amenizar la propaganda, era verdaderamente abusivo. Ahora, las empresas periodísticas, con una intuición de la realidad que les honra, han renunciado á anexionarse el espíritu del lector por la vía intelectual, áspero camino para allegar prosélitos. Actualmente, un periódico en vez de limitarse, como vehículo de ideas, entre las fronteras de un dogma, acoge hospitalario todo lo que se piensa y se dice en el mundo y como el periodista no está siempre seguro de interpretar á derechas los latidos de la inteligencia universal, la empresa recurre al grabado como medio de dificultar lo menos posible la comunicación del lector con el periodista.

En otro tiempo, cuando funcionaba en España el periodismo de convicciones, variedad que corresponde á nuestra prehistoria política, la alianza del grabado con el texto hubiese parecido una manifestación de frivolidad. Entonces los periódicos circulaban poco, pero, la parvedad de su circulación hallaba un desquite en el dominio de las almas. El lector ponía fe en la letra de molde. Hoy, que no se ve en España ningún hombre seguro de sus ideas, como no sea algún rezagado de aquella época—ahí está mi insigne amigo Vázquez Mella en su altivo aislamiento—la prensa no ve la necesidad de imponer á nadie



Portada del "Semanaario Pintoresco", primer periódico ilustrado que se publicó en España, fundado por Mesonero Romanos

la tiranía de un criterio. Ya, ni siquiera se pretende adoctrinar al lector con la exposición de estas ó las otras ideas; se le ilustra por los ojos recreándole y él se da por satisfecho. Antes, el periódico no temía provocar la contradicción ó la hostilidad del lector, porque la honradez de las convicciones obligaba á sostener actitudes de combate. Ahora, por el contrario, toda empresa pone especial cuidado en que las ideas del escritor no enojen ni aburran á la masa leyente, y como ese criterio se adopta con carácter de generalidad, la mayoría de las empresas encuentra más llano excluir toda idea del periódico á fin de no perturbar la digestión de la gente. De ahí el que todo escritor que piensa, entre nosotros, venga á ser como un enemigo de la paz pública, y si por contera este hombre da en arropar sus ideas con alguna pulcritud de estilo, se le empadrona definitivamente entre los vecinos del planeta Marte. Una cosa es el literato y otra el periodista, se dice por ahí, sentenciosamente, dando á entender con ello que para escribir con buen éxito en la prensa diaria es menester estar seguro de que el caudal de vulgaridad del periodista no corre peligro de agotarse y de que su conocimiento del idioma no debe traspasar los límites de una razonable ramplonería. En cuanto á la originalidad de pensamiento, es castigada en España muy amenudo con la reprobación social y en muchos casos con el destierro del delincuente del campo literario...

Pero, la gran prensa ha suplido la penuria doc-

trinal á que la obligan las circunstancias y su desdén de las ideas, con un elemento educador, considerable: el grabado. Excitar el sentido visual equivale á vencer la pereza de la inteligencia. Cuando vemos en un periódico el relato desnudo de un drama, nuestra atención apenas se para en él. Es menester que la imagen del drama la retenga previamente. El fotógrafo viene á ser, pues, para el lector, lo que la partera para la mujer en cinta. Con el estímulo gráfico de las cosas, le invita primero á leer y después le ayuda á dar á luz sus ideas, en secreto, naturalmente, ó todo lo más, en el radio de publicidad que abarquen las personas de su familia, con cuya limitación nada pierde el lector, puesto que acorta la órbita de su originalidad intelectual. Ahora mismo, con ocasión de la guerra ¡qué sanas lecciones de Geografía están recibiendo algunos de nuestros ministros, que apenas conocían los confines de sus distritos electorales! ¿Y qué decir de la contemplación de las ciudades destruidas por los explosivos? ¿Acaso la muda tragedia de los escombros no invita á reflexionar sobre la insondable crueldad humana? ¿Quién ha dicho que no sea ese un medio de promover en las almas la compasión hacia el dolor ajeno y distante? Para el mismo intercambio social ¿hay algo más eficaz que la difusión gráfica de las imágenes?

El poeta que se asoma á la vida pública con su aportación de ríos; la actriz que cuenta con su belleza más que con su talento; el político que no quiere morir sin revelarnos en el Parlamento los diversos aspectos de su vulgaridad espiritual; la dama que no se resigna á dar un socorro ó una limosna en especies á los pobres sin que se le garantice previamente que su liberalidad va á ser reconocida hasta en Bombay; la cupletista en acecho del señor que se preñará antes de sus pantorrillas que de sus gorjeos; el señorito que ha ganado una partida de balompié; el que acaba de obtener la licenciatura en Derecho, con gran asombro de la familia que ya se considera salvada; la señorita que ha presidido unos juegos florales en Sigüenza; el policía que ha capturado al carterista X; el concejal Pérez que fué de los que antes llegaron con los bomberos al sitio del incendio; el dramaturgo de quien, por habernos servido un ciempiés en un teatro de tercer orden, se dice que «viene pegando»; el organillero que acaba de darle dos puñaladas á su novia para demostrarle lo intenso de su pasión y de su barbarie; el cómico que ha hecho del latiguillo su tabla de salvación; el músico curtido en cien silbas y fogueado en cien pateos que no han alterado su salud ni le alejan del pentagrama; los novios «distinguidos» que acaban de casarse en capilla reservada y salieron para Andalucía; el monarca destronado; el general victorioso; todos esos ejemplares humanos que el público no conocerá jamás, pasan á la circulación social, merced á la prensa gráfica... Todo lo grande y lo pequeño, lo noble y lo abyecto, lo digno y lo ridículo, todo lo que es condición de los seres, pasa ante nuestros ojos, permitiéndonos comprender transitoriamente un espacio social que nuestra experiencia, por lo limitada, no nos permitiría abarcar... Sin la prensa gráfica, ¿cómo?...

MANUEL BUENO

MUNDO FEMENINO
LOS NACIMIENTOS DEL NIÑO JESÚS



SENSIBLERÍAS de mujer ó meditaciones de filósofo? Quizá ambas cosas.

Veréis:

Antes, en mis tiempos, ya remotos, vendíanse en Madrid 200 nacimientos buenos (dando por bueno todo el anacronismo imaginable) y muchísimos miles de «nacimientos de á treinta reales!»

Este era el grito en los soportales de Santa Cruz y la Plaza Mayor, entre verdaderas barricadas de turrón y peladillas: «Nacimientos de á treinta reales!»

Los había de menor cuantía; pero, por regla general, en todas las casas tenían 30 reales para festejar al hijo, honrando al Hijo de Dios.

Los turrones vendíanlos muchachotes alicantinos ó cartageneros, robustos y brillantes como cromos recién barnizados, bajo sus sombreros típicos; y los nacimientos eran mercancía de baratijeros madrileños, quienes comían, ¡no sé por qué!, constantemente todo el día, toda la tarde, cascajo y escabeche...

Mujeres de Fuenlabrada y Fuencarral, talmente vestidas que las adoradoras de aquellos nacimientos, pululaban pava ó capón en mano, con aire morlaco, asombrándose ante aquellas esculturas chanflonas de «á rial y medio la media docena!»

Todo era plétora.

Los vendedores eran fuertes; las pilas de turrón, impracticables; los pavos alfombraban literalmente las calles de Madrid, y los nacimientos de á duro y duro y medio vendíanse por cientos, por miles, por mirias...

El Madrid de entonces, más sincero, era más feliz. Y era más feliz porque, por ser sincero, los grandes señores ayudaban con el corazón á sus adictos (con menos Juntas pías y menos tes de caridad); era más feliz porque las madres, en la clase media, usaban mantilla y podían hacer el extraordinario de una pava asada en la panadería y un nacimiento para el nene.

Para el nene, sí; para «el chiquitín de la casa»: cinco palabras que expresan más que «el bebé» ó la *baby*; que no parecen ser de la casa nuestra española, porque pasan de la *nurse* á la *bonne* y de la *bonne* á *mademoiselle*, y se les llama al nacer *baby* ó bebé, en vez de conservar su enorme jerarquía bajo el dulcísimo título del «chiquitín de la casa», del último que debe ser el primero...

¡Ah, poesía nuestra, cuál te escapabas entre *pourparlers* y frivolidades costosas y molestas!

Estos tiempos son otros.

La cloroanemia aniquila los cuerpos y las almas.

Ya el baratijero no es recio ni come á toda hora cascajo y escabeche, y los nacimientos los fabrican, en el conticinio de las noches sin pan ni fuego, las mujeres y los venden los niños! Los pregonan anhelantes por engañar con su grito y su pobre mercancía á otros niños de su misma edad, quienes á su vez van buscando «gangas».

Todos, á sus diez años, conocen — ¡oh dolor! — el valor de la moneda, y así chalanear

sus compras, lo mismo que personas provcetas:

—Pero, hombre, por Dios, si estas casucas las has hecho tú ó tu madre sin «gastos»; mira, el tejado es el cartón en que vienen las bombillas eléctricas.

Y el pequeño vendedor se encuentra «cogido» en su pecado de economía, y no acierta á decir que por eso y por su mucha hambre pueda dar un «mesón» ó un «pozo» ó una «taberna» por quince céntimos... No acierta á «defenderse», y se conforma con odiar al señorito, á quien supone menos desamparado que él.

Un niño y otro niño de éstos están separados ya, como antes no lo estaban ni los hombres.

Juegan de distintos modos y á distintas cosas, porque ya los asilos y las casas para obreros han desalquilado nuestras amadísimas guardillas, donde mamá nos mandaba á los niños ricos con bandejas de turrones y panderos, á buscar al nieto de la ex costurera ó doncella de casa...



El Niño Jesús

¡Oh, aquellas visitas — realmente piadosas — en que mamá veía un medio educativo!

¡Educativo á la usanza de gran señora, no esto que ahora llamamos las madres *educar*, cuyo radio pedagógico no pasa del Ritz, del cine y la Academia de lenguas!

Yo recuerdo sin dolor en el alma aquellas cenas opíparas y aquellas *gourmandises* de mi padre, porque antes habían salido de casa seis ó siete cestas, bien colmadas, para seis ó siete familias pobres á las que mamá nos hacía tratar con amistad; pero sin el parergon de estas benditas cestas yo no sabría encontrar «graciosa» aquella gula refinada.

Nadie podrá negar el poder de las fechas; una pobre hoja de un calendario con un sencillo 17, nos martillea, nos aviva ó nos hace meditar más que el Kempis. ¿Qué hicimos aquel día? ¿Cómo levantaremos las hojas siguientes? ¿Será nuestra mano quien termine el bloque inexorable, ó irá á saludar allá, muy allá, la dulce mano que más amantemente besábamos aquí abajo?

Nadie medianamente sensible, medianamente consciente, puede acostarse la noche de Navidad sin amar un poco á Jesús por como supo amar á los hombres. Nadie se sustraerá á pensar en los fríos y en los quicios y en los niños sin madre... Esta grosera fiesta de la digestión tiene un momento supremo de divinidad que nos pregunta en el conticinio muchas cosas hondas al oído.

Y en esa ola de vesania que asola el mundo, el niño Jesús — como en ese lindo grabado hoy y muy en boga — llama al sagrario de nuestro corazón.

Es preciso, es forzoso encauzar hacia un río de amor los odios absurdos que el egoísmo y la incomprensión han ido creando. La obra es, más que de estadistas, de madres. Hablan hoy las mujeres demasiado de la siembra de sus derechos, y es preciso que se unan para colectar la flor de sus deberes. Y entre éstos, el principal es hacer que se amen las clases, y, lo que es más necesario aún, que no dejen de amarse (de amarse BIEN) los sexos.

El «obrerismo» nos trajo á todos — á ellos y á nosotros — grandes males; pero el «feminismo» — si no acertamos á encauzarlo armónicamente — deshará el mundo.

El odio es un clavo ardiendo en el corazón; pero el odio — más ó menos visible — bajo un mismo techo, es un doble martirio aniquilante.

La mujer española, hoy tan ilustrada y tan voluntariosa para la lucha, debe empaparse en toda la poesía pedagógica de estos «nacimientos» y de estas pavas asadas en casa; debe dar á la palabra casa un sentido de MANSIÓN DE PAZ, y á cada año nuevo saludarle con la alegría de un derecho adquirido y la felicidad de un deber llevado á cabo á contraviento si hace falta, saltando la estúpida alambrada de la meda ambiente...

LA ESFERA
LA PINTURA MODERNA



ALBORADA, cuadro de José Pinazo Martínez

LA PINTURA RELIGIOSA EN VALENCIA

Los frescos de las bóvedas de San Nicolás • Interesante restauración
Un retrato de Antonio Palomino

La pintura religiosa en Valencia ofrece á nuestra consideración interesantes obras.

La más importante es, sin duda, la desarrollada, mediado el siglo xviii, en las bóvedas y muros de las iglesias de San Juan del Mercado, capilla de la Virgen de los Desamparados, San Nicolás de Bari y colegio del Corpus Christi.

De las modernas—prometimos ocuparnos y lo cumpliremos—son las de mayor interés las de San Bartolomé y las de la iglesia del convento del Llano de la Zaidia; mas es nuestro propósito ocuparnos hoy de las pinturas al fresco que decoran las bóvedas y muros de la iglesia de San Nicolás de Bari, que, por fortuna, se han salvado de una segura destrucción, debido á la iniciativa del ilustrado rector de dicha iglesia, doctor D. José R. Ferri, y al trabajo realizado, y en vías de terminación, por el culto y notable pintor, tan modesto como inteligente, José Renau.

Desde el padre de Martínez Cubells—á quien conocimos todavía en nuestra mocedad, ya viejecito, con su característica blanca perilla—á su hijo, el notable pintor antes nombrado, tan excelentísimo retratista como ilustre restaurador, que abandonó Valencia y en Madrid falleciera, el interesante arte de la restauración pictórica había decaído en Valencia, después que muriera D. Vicente Borrás, de honorable memoria.

Pintores discretos unos—otros asaz indiscretos—pusieron mano en joyas de nuestro tesoro artístico y no siempre les acompañó la fortuna.

Hasta hace unos años, cada vez que se iniciaba una restauración temblábamos ante el temor de un daño posible.

Hacia falta un buen restaurador; es decir, alguien que con la debida preparación de cultura, con el dominio difícilísimo de la técnica de la restauración, y, sobre todo, con un gran respeto á la obra de arte, respeto superior al egoísmo de ganar ó justificar unas pesetas, estuviera en condiciones de poder servir los intereses del Arte. Bien pronto llegó la ocasión de que surgiera el restaurador, y lo fué, con la feliz oportunidad de decidirse, el acometer la difícil tarea de restaurar los frescos de las bóvedas de la iglesia de San Nicolás de Bari.

Esta iglesia, preciosa joya del arte gótico español, fué como otras tantas víctimas de la manía reformadora, que á la visión del estilo neoclásico siguiera la del churriguerismo desconcertante.

Las líneas góticas fueron cubiertas la iglesia quedó transformada y se impuso la decoración de las bóvedas y de los muros.

En el año 1691, el clero de San Nicolás pensó realizar la decoración, y estando en aquel entonces en el apogeo de toda su fama el gran pintor Antonio Palomino, que decorara espléndidamente las bóvedas de San Juan y de la capilla de la Virgen de los Desamparados, decidió consultar-

le, no sólo sobre los asuntos á desarrollar en las bóvedas y muros, sino sobre quién pudiera realizar el trabajo.

Palomino, en el segundo tomo de su obra *Museo pictórico*, y en el capítulo 7.º del *Libro Nono*, nos dice evacuó la consulta, detallando minuciosamente las ideas á desarrollar, con los personajes que habían de integrar las composiciones y hasta su disposición, y además recomendó á

lomino; pero, en cambio, en la pintura de los elementos de decoración sigue al maestro y los sirve admirablemente.

No es este el momento, la ocasión para detallar y comentar cual merecen las notables composiciones de las escenas de los milagros de los santos, así como de los elementos decorativos; los gráficos que ofrecemos son testimonio de lo justo de nuestras alabanzas.

Sin embargo, no podemos por menos de señalar algo que nos sorprendiera y nos preocupara en nuestra excursión por los altos del formidable andamio, movable, construido con acierto grande bajo la dirección del restaurador, José Renau.

Encima de la puerta principal, y á los lados izquierdo y derecho del amplio ventanal, y sitio en el cual siguiera Dionisio Vidal pintando aquellos graciosos angelotes y simulara arquitectura, vimos dos grupos de personas, de medio cuerpo: uno formado por seculares y otro por religiosos, que ninguna relación ofrecían al plan descrito por Palomino para la decoración, en términos tan minuciosos que no hay posibilidad de confusión.

Palomino no señaló á Vidal tales pinturas. Estas no guardan, como dijimos, relación alguna con la vida y milagros de los santos titulares y, necesariamente, nos hubo de intrigar esta anomalía, que antes á nadie preocupara, ya que tan sucia estaba la pared, que no se podían ver las figuras.

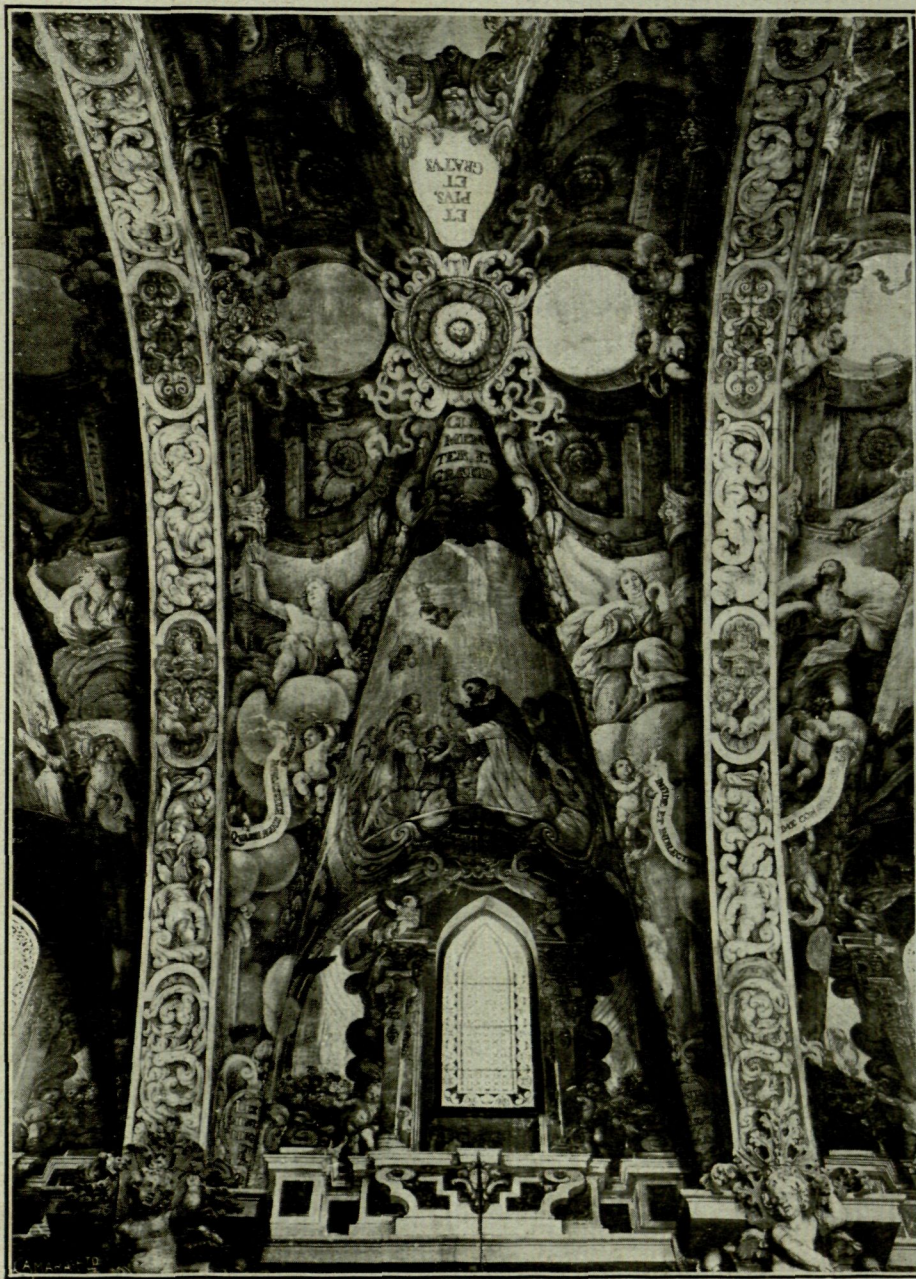
De conjetura en conjetura, observando detalles que luego apuntaremos, vinimos á suponer que los dos personajes retratados, del lado izquierdo, son nada menos que don Antonio Palomino y Velasco, y el otro su discípulo, Dionisio Vidal.

El retrato de Palomino, ó sea el del caballero que mira al espectador, es magnífico y tiene todos aquellos rasgos que acreditan se ha pintado del natural. Y ello nos lleva á preguntar: ¿pudo Vidal, en aquella época en que estaba terminando su trabajo, pintar á Palomino del natural? Seguramente. El mismo Palomino, en la obra de referencia, nos dice, á propósito de describir las pinturas de las

bóvedas de la capilla de la Virgen de los Desamparados, que comenzó su trabajo en el año 1701, es decir, en aquella misma fecha en que Dionisio estaba terminando el suyo.

La posibilidad material abona nuestro criterio; pero además notamos que la figura simpática del que suponemos Palomino muestra al hombre joven unos diseños, y volviendo el gráfico al revés, pronto apercibimos que es precisamente uno de los dibujos que sirvieron para la pintura de lunetos. ¿Quién sino Palomino podía mostrar á Vidal aquellos diseños?

La figura simpática de Palomino; su traza noble y además bondadosa; su mirada de hombre inteligente; la cierta edad madura, que representa, contribuyen á corroborar nuestro criterio.



Fragmento de la bóveda de la iglesia de San Nicolás, de Valencia, con pinturas de Dionisio Vidal, y cuya restauración ha sido hecha por D. José Renau

su discípulo Dionisio Vidal, á quien llama *Dionis*, por nombrarle así en la intimidad de su largo trato, empleando el léxico valenciano.

Dionisio Vidal cumplió el encargo y lo hiciera á maravilla, en términos que estimamos esta ocasión propicia para darlo á conocer.

Comenzó su trabajo el año 1694 y lo terminó allá para el 1701, así el *obrer de vila*, maestro de obras, Francisco Padilla, terminó la transformación á que antes nos referimos.

Desarrolló Dionisio Vidal las composiciones, presentando escenas de los milagros de los santos titulares Nicolás de Bari y Pedro Mártir, pintándolos con técnica admirable y demostrando una tendencia realista superior á la eminentemente decorativa de su maestro Antonio Pa-

Además, á nuestra anterior interrogación añadimos, lógicamente, otra: ¿á quién, si no á Dionisio Vidal, debiera mostrar nadie el diseño de uno de los dibujos de los lunetos?

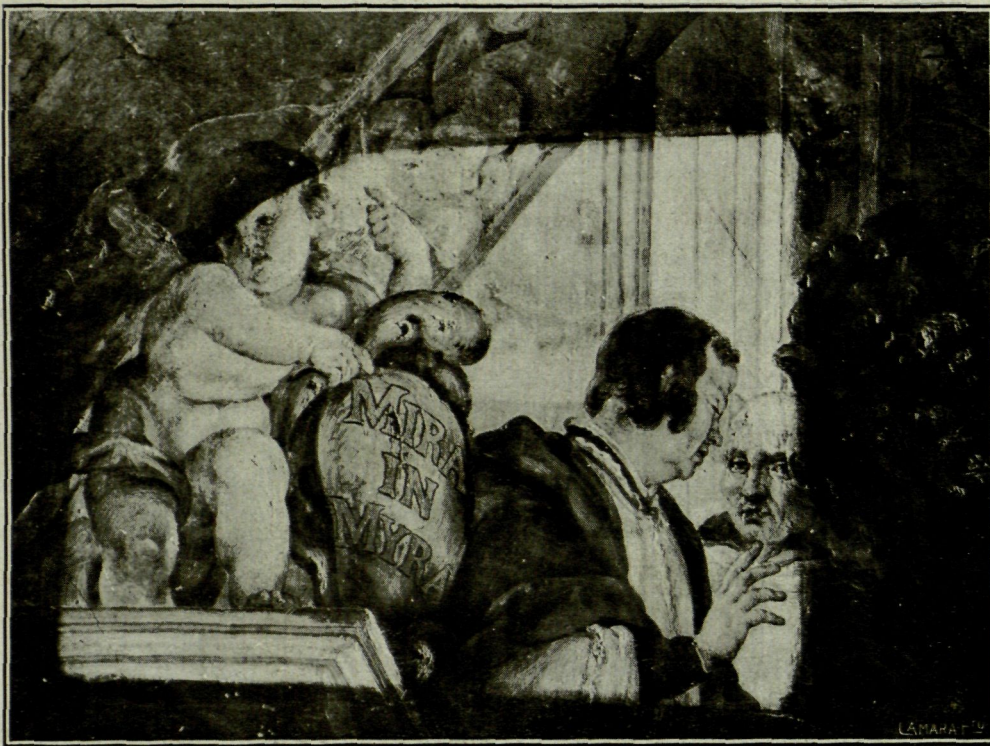
La figura que suponemos es el autorretrato de Dionisio Vidal, representa á un hombre joven, de veintitantos años escasos, y le vemos sin bigote y con los cabellos ensortijados, de perfil, para más fácilmente pintarse, adelantando la mano derecha, que pintara de manera y sin poderla observar del natural, lo que le hace estar deficientemente dibujada en su difícil escorzo.

Por ello, con las reservas naturales por no haber podido documentar nuestras conjeturas, afirmamos que ambos retratos son de Palomino —del cual no conocemos ninguno— y de Dionisio Vidal, que de esta traza quiso firmar su obra y rendir al maestro su gratitud.

En el otro lado del ventanal vemos otras dos figuras: dos sacerdotes, uno de perfil y otro de frente. ¿Quiénes serán éstos?

Tampoco hemos podido encontrar entre los elementos de la descripción de Palomino indicio alguno que nos diera una pista; seguramente este grupo, como el de la izquierda, fueron pintados fuera de lo proyectado por Palomino. Y así como Vidal quiso dejar su figura como firma y honrar la memoria de su maestro, pensó agradecer á quienes le dieran el encargo de pintar las bóvedas, y retratará á los sacerdotes que estuvieran al frente de la iglesia.

En elogio de la restauración verificada, sólo añadiremos: que, debido á las filtraciones de las aguas de lluvia, grandes manchas de salitre



Retratos, a. fresco, de dos sacerdotes, pintados por Dionisio Vidal, existentes en la iglesia de San Nicolás, de Valencia.
(En la fotografía puede apreciarse el fragmento restaurado)

pusieron en peligro trozos importantes de los lunetos y de las bóvedas; y José Renau, con atrevimiento grande y con cuidado exquisito, desprendió fragmentos grandes, picó las paredes de piedra, saneando los muros, y volvió á colocar sobre ellos los fragmentos, en términos que es imposible conocer por dónde se cortó, salvando la pintura, que debido al humo de los cirios y del incienso, al aliento de tantas generaciones de fieles que la devoción llevara á la iglesia, las bóvedas estaban tan ennegrecidas, que apenas si podían apreciarse las siluetas de las figuras y de los adornos.

El gráfico, que abraza la parte central de una de las bóvedas, es de la parte ya limpia,

restaurada, y es de ver, aun en el gráfico en negro, la brillantez de los tonos de una pintura que parece reciente, á pesar de que Renau sabe que un restaurador no debe repintar y lo practica.

En cambio, de propio intento, publicamos el gráfico donde aparecen los dos clérigos, que suponemos son retratos, y en él se ve que parte del muro está ya limpio, y parte aún no restaurado por el artista.

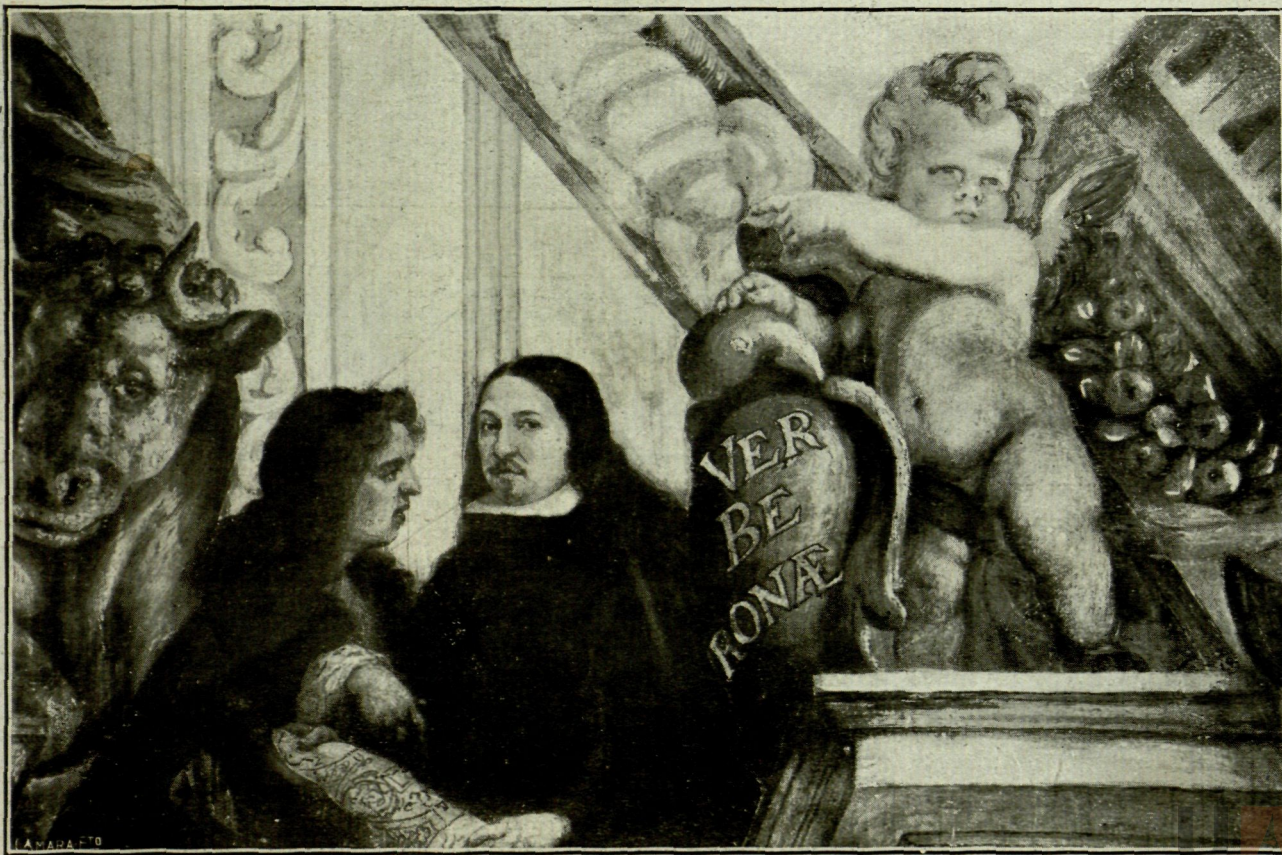
La parte oscura de este trozo de muro da idea del estado en que los frescos se encontraban.

Su examen comparativo sirve para encomiar la labor del restaurador, pues la parte ya limpia aparece como iluminada por el sol; tal es la fuerza del contraste que ofrecemos al estudio y consideración de nuestros lectores, y que podrán apreciar cumplidamente.

Plácemes merece quien, como el doctor Ferri, patrocinó la empresa de salvar obra de arte tan interesante; máximos el pintor Renau por el celo y cultura tan patentemente demostrados en su notabilísima restauración, y contento por nuestra parte al poder ofrecer á la consideración de los especializados y de quienes no lo estén la obra de un notable pintor valenciano y el retrato del gran artista y cultísimo historiador de arte, D. Antonio Palomino y Velasco, ante cuya figura serena, inteligente y ecuánime rendimos el tributo de nuestra admiración.

J. MANÁUT NOGUÉS

Valencia, 1919.



Retrato de D. Antonio Palomino y autorretrato de Dionisio Vidal, pintados al fresco por este último en los muros de la iglesia de San Nicolás, de Valencia, y restaurados por D. José Renau

Biblioteca de Comunicación General
FOTS. SANCHÍS

LA SEÑORITA ANDRÓGINA

ESTAMOS sentados en la sala del *bar* elegante; mi amigo provinciano mira las cosas más bien con gesto hostil y adusto. La frase trivial, manida «nosotros allá en...» ha asomado veinte veces á sus labios, desde que salimos para almorzar en el Ritz aquella mañana. Así me ha ido enterando de que *allá en...* las calles están mucho más limpias y mejor cuidadas (claro que no pasa nadie por ellas, que no circulan carros, ni coches, ni autos, pero eso no quita para que estén mejor); que *allá en...* el café, *relativamente*, es mucho mayor y las gentes que á él asisten más cordiales, pues se conoce todo el mundo (no hay para qué tener en cuenta que en la capital provinciana un local como una plaza de toros cuesta una insignificancia y, en cambio, en la Puerta del Sol es oro, ni que es natural que veinte personas que se ven todos los días durante años y años se traten... sin perjuicio de despellejarse luego); que *allá en...* el paseo, el *Salón* se llama (cien metros de largo por cincuenta de ancho), donde la banda toca los jueves y domingos, es más tupido que la Castellana y menos húmedo que el Retiro; que en las tiendas atienden mejor (como nadie tiene que hacer, además de despachar, se echa media hora de conversación); que los alimentos son de superior clase, las aguas más puras...

Su indignación ha culminado en el Ritz; el *filet de sole sauce ecrevisses* le ha parecido abominable, el *chateaubriand au madeire* sencillamente venenoso, la *teme* de los criados antipática, la gente vanidosa. Su ira de *señorito*, acostumbrado á que todo el pueblo esté pendiente de su persona, de sus gestos, de sus chistes, al ver que nadie repara en él, pone amargura en sus palabras haciéndole encontrarlo todo mal. Y justamente, lo más sano es que lo que *allá en...* se consideraba *muy de Madrid*, es lo que más desentona en Madrid.

Pero ahora, en el *bar* galante, su disgusto crece por momentos. El *gin-cock-tail* le ha arrancado una mueca; el olor de los cigarrillos turcos le da dolor de cabeza, y las mujeres... Estalla por fin:

—¡Caramba! ¡Y éstas son las *gachís*—se jacta de hablar el *argot* como un chulo del Humilladero—de qué tanto presumís! ¡Pues no le veo el chiste á las mujeres de Madrid! Todas parecen la misma: flacas, pintadas, oliendo á *demonios*, fumando, con unos sombreros que las tapan toda la cara y unos trajes que no son trajes, de unos colores que no son colores...

Recapitula un momento, y luego afirma convencido:

—No; todas son iguales, van vestidas igual, pintadas igual; todas parecen chicos afeminados.

Su alma entera de provinciano ha puesto un gran desdén en esas palabras. Recuerda las mujeres de *allá*—la Paz, la Pura, la Rosina—, inconfundibles, cada una rubia ó morena, con facciones claras, bien definidas, gestos propios...

Luego sigue:

—Además, aquí no se sabe cuál es una señorita decente y cuál una prójima—Dios dijo: «Ama á tu prójima como á ti mismo.»—Van iguales de todo.

Otra vez su natural recto se revuelve contra la ficción. Tal vez un obscuro atavismo le llevaría á ponerles una falda de picos pardos...

—Y después—reanuda—, ¡tan flacas! Allí las mujeres son muy mujeres, con formas...

Hace un gesto hiperbólico, mientras añora:

—Mira, ya ves esa que entra...

Miro, efectivamente. Margot. Bonita, ambigua, insexuada, casi andrógina, con su atavío de colegial y su boina que sombrea los grandes ojos de agua, vagos y profundos.

Se ha sentado y bebe una *japonaise*, mientras saborea el cigarrillo inglés. Tiene *allure* resuelta, pero mirándola bien se la ve frágil, caprichosa, liviana, infinitamente femenina. Claro que su femineidad no es la de las señoritas del valle de Pas que se dedican á la crianza, ni la de las camareras del «Nuevo Brillante»; pero tampoco fueron femeninas así Cleopatra y Salomé, y, sin embargo, Marco Antonio perdió la batalla y Herodes dió la cabeza del Bautista.

ANTONIO DE HOYOS Y VINENT

DIBUJO DE TONO



Tono B

Biblioteca de Comunicació
i Hemeroteca General

Los aguinaldos de la señorita Doucine



EL 1.º de Enero, por la mañana, el buen señor Chanterelle salió á pie de su hotel del barrio de San Marcelo. Estremecido por el frío, andaba con dificultad sobre la nieve que se derretía en las calles. Había dejado su carroza por instinto de mortificación, porque después de su enfermedad atendía más á la salud de su alma que á la de su cuerpo. Vivía alejado de las tertulias y de las amistades, y sólo visitaba á su sobrina, la señorita Doucine, que acababa de cumplir siete años.

Apoyado en su bastón llegó penosamente á la calle de San Honorato y entró en la tienda de la señora Pinsón, *La Cestilla Florida*, donde abundaban los juguetes infantiles, que serían los aguinaldos del año de gracia de 1696, y donde apenas era posible moverse entre tantos autómatas, bailarores y bebedores, pajarillos que cantan en la enramada, cajas llenas de figuras de cera, soldados con uniformes blancos y azules alineados en batalla, y muñecas vestidas, unas de señoras y otras de criadas, porque la desigualdad establecida por Dios en la condición humana aparece hasta en las figuras más inocentes.

El señor Chanterelle eligió una muñeca; la que más le agradó fué una vestida como la señora princesa de Saboya cuando llegó á Francia el 4 de Noviembre. Peinada con cocas y cintas, llevaba un corpiño muy ajustado, bordado en oro, y una falda de brocado, con una sobrefalda asida por prendidos de perlas.

El señor Chanterelle sonrió al pensar en el goce que aquella hermosa muñeca produciría á la señorita Doucine, y cuando la señora Pinsón le presentó á la princesa de Saboya envuelta en un papel de seda, un relámpago de sensualidad iluminó su agradable rostro, enflaquecido por el sufrimiento, palidecido por el ayuno, desfigurado por el miedo á las penas infernales.

Dió cortésmente las gracias á la señora Pinsón, se puso bajo el brazo el envoltorio y se fué, arrastrando los pies, hacia la casa donde sin duda la señorita Doucine le aguardaba desde que se despertó...

En la esquina de la calle del Arbol Seco encontró al señor Espón, cuya enorme nariz descendía hasta su chorrera de encaje.

—Buenos días, señor Espón—le dijo—; os deseo un feliz Año Nuevo, y pido á Dios que todo se os realice conforme á vuestro gusto.

—¡Oh, caballero!, no me habléis así—exclamó el señor Espón—. Con frecuencia, sólo para castigarnos, satisface Dios nuestros deseos. *Et tributis eis petitionem eorum.*

—Es verdad—replicó el señor Chanterelle—que no sabemos diferenciar nuestra conveniencia verdadera. Donde me veis yo soy un ejemplo de lo que os digo. Al principio creí que mi enfermedad, abrumadora durante dos años, era un mal, y ahora me convenzo de que ha sido un bien, puesto que me retiré de la vida abominable que me entretenía en espectáculos y en visiteos. Esta enfermedad, al debilitarme las pier-

nas y turbarme el cerebro, es una evidente prueba con que la Divina Bondad me favorece. ¿Seréis tan amable, caballero, que me acompañéis al Roule, adonde voy para llevar los aguinaldos á mi sobrina, la señorita Doucine?

Al oír estas palabras el señor Espón alzó los brazos y exclamó:

—¡Cómo! ¿Es el señor Chanterelle quien me habla? ¿No será más bien un libertino? ¿Es posible, caballero, que en una vida retirada y devota os lancéis de pronto á fomentar los vicios del siglo?

—¡Ay!—respondió el señor Chanterelle tembloroso—, yo apenas sé ya lo que hago; necesito que me iluminen. Decidme: ofrecerle una muñeca á la señorita Doucine, ¿es un grave mal?

—Sí; es un grave mal—adujo el señor Espón—. Lo que ofrecéis á esa criatura sencilla no debe llamarse una muñeca, sino un ídolo, una figura diabólica. ¿Ignoráis que la costumbre de los aguinaldos es una superstición culpable y un rastro odioso del paganismo?

—Lo ignoraba—dijo el señor Chanterelle.

—Sabed, pues—insistió el señor Espón—, que esta costumbre proviene de los romanos, los cuales veían algo de divino en todos los comienzos, y en consecuencia divinizaban el comienzo del año; de modo que obrar como ellos, es hacerse idólatra como ellos. Vos, caballero, ofrecéis aguinaldos á imitación de los adoradores del dios Jano; seguid por ese camino y consagraid, como ellos á Juno, el primer día de cada mes.



El señor Chanterelle, que apenas podía sostenerse, rogó al señor Espón que le permitiera apoyarse en su brazo mientras andaban, y el señor Espón continuó su discurso:

—¿Acaso porque los astrólogos fijaron el principio del año en el día 1.º de Enero os consideráis obligado á regalar en ese día? ¿Qué necesidad tenéis de reanimar en semejante fecha el afecto de vuestros amigos? ¿Por ventura dicho afecto expiraba con el año? Y, ¿lo estimaréis cuando lo hayáis reconquistado con halagos y funestos dones?

—Caballero—respondió el buen señor Chanterelle apoyado en el brazo del señor Espón y esforzándose por ajustar su paso vacilante al paso impetuoso de su amigo—, caballero: antes de mi enfermedad yo era un miserable pecador, y sólo me preocupaba de tratar á mis amigos con mucha cortesía y de ajustar mi conducta á los principios de la honradez y del honor. ¡La Providencia dignose libramme de aquel abismo! Desde mi conversión me gobierno por las indicaciones de mi director espiritual; pero ha sido en mí una ligereza y una vanidad no interrogarle acerca de los aguinaldos. Lo que ahora me dijisteis, caballero, con la autoridad de un hombre tan excelente por sus costumbres como por su doctrina, me ha confundido.

—En efecto, voy á confundiros—prosiguió el señor Espón—, y voy también á iluminaros, no con mis propias luces, que son escasas, pero sí con las de un admirable doctor. Sentaos en esa piedra.

Después de haber acomodado lo mejor que pudo al señor Chanterelle sobre un guardacantón, el señor Espón sacó de su bolsillo un librito encuadernado en pergamino, lo abrió, lo hojeó y, después de hallar lo que buscaba, comenzó á leer en voz alta y ante un auditorio de deshollinadores, camareras y cocineros, atraídos por sus atronadoras voces:

«Nosotros, que sentimos horror por las fiestas de los judíos; que vemos con extrañeza sus sábados, sus lunas nuevas y otras solemnidades,

antes gratas á Dios, nos familiarizamos con las saturnales y calendas de Enero, con las matronales y las brumas; los aguinaldos se multiplican y los presentes vuelan con abundancia; en todas partes encontramos juegos y banquetes. Los paganos observaban mejor su religión, porque se libaban mucho de solemnizar ninguna de nuestras fiestas por temor á parecer cristianos, mientras que á nosotros nos agrada celebrar sus fiestas y no tememos parecer paganos.»

—Ya lo habéis oído—añadió el señor Espón—: es Tertuliano quien habla de este modo, y desde el fondo del África os muestra, caballero, la indignidad de vuestra conducta. Ved qué os dice: «Los aguinaldos se multiplican y los presentes vuelan con abundancia; solemnizáis las fiestas de los paganos.» No tengo el honor de conocer á vuestro director espiritual, pero me horroriza pensar en el abandono en que os tiene. ¿Estáis por lo menos seguro de que el día de vuestra muerte, cuando os corresponda aparecer ante el tribunal de Dios, se hallará á vuestro lado dispuesto á tomar para sí los pecados que hayáis cometido por su abandono?

Con estas palabras, y después de guardar el libro en su bolsillo, se fué irritado y violento; los deshollinadores, las camareras y los cocineros le seguían de lejos con asombro.

El bondadoso señor Chanterelle quedó solo sobre la piedra, con la princesa de Saboya; y temeroso de exponerse á las penas del Infierno por haber regalado una muñeca á la señorita Doucine, meditaba los misterios insondables de la religión.

Sus piernas, inseguras desde algunos meses atrás, se negaron á sostenerle, y sintiose todo lo desdichado que puede ser en este mundo un hombre de buena voluntad.

Llevaba ya bastante rato hundido en su abrumadora tristeza, cuando un Capuchino se le acercó y le dijo:

—Caballero: ¿seriais bastante caritativo para dar aguinaldos, por el amor de Dios, á los hermanitos que son pobres?

—¡Oh! ¡Cómo, padre mío!—replicó vivamente el señor Chanterelle—. ¿Sóis un religioso y me pedís aguinaldos?

—Caballero—respondió el Capuchino—, el buen San Francisco se propuso que sus hijos se complacieran en la sencillez. Dad á los Capuchinos lo bastante para que coman bien en este día, lo cual les ayudará á sufrir con resignación la abstinencia y el ayuno todo el resto del año, menos los domingos y fiestas de guardar, naturalmente.

El señor Chanterelle miró al fraile, muy extrañado.

—¿No teméis, padre mío, que la costumbre de los aguinaldos sea funesta para las almas?

—No, yo no lo temo.

—Esta costumbre proviene de los paganos.

—También tenían los paganos costumbres buenas, porque Dios permitió que alguna luz divina desvaneciese las tinieblas de los gentiles. Caballero, si nos negáis el aguinaldo, no se lo neguéis por lo menos á nuestros pobres niños. Nosotros recogemos á los niños abandonados; con un escudo que me diérais yo compraría á cada uno un molinito de papel y un bizcocho; os deberían un placer que acaso fuera el único de su vida, porque no están predestinados á gozar sobre la tierra; su sonrisa llegaría, sin duda, hasta el cielo, pues cuando ríen los niños alaban al Señor.

El señor Chanterelle sacó su bolsa, bastante repleta de oro, se la entregó al frailecito, y levantándose de la piedra en que se hallaba sentado, repitió entre dientes la frase que acababa de oír:

—Cuando los niños ríen alaban al Señor.

Luego, con el alma serena y el paso firme, se fué á llevar la princesa de Saboya á la señorita Doucine, su sobrina.

ANATOLE FRANCE

(Traducción de LUIS RUIZ CONTRERAS.)

DIBUJOS DE AGUIRRE

Biblioteca de Comunicaciones
i Hemeroteca General

PÁGINAS POÉTICAS



Sola llora sus pesares,
apoyada en una almena,
la hermosa Raquel, que gracia
ante el Rey hallar espera.

Ella de valor se juzga,
ella de hermosa se precia,
y no ve quien en la corte
digno de su mano sea.

Sólo un galán puede darle
sangre noble, rica hacienda,
porque otro no ven sus ojos
que á sus dotes le convenga.

Mas él, aunque enamorado,
su blanca mano no acepta,
que quien está sobre un trono
no abate así su nobleza.

¡Aguila muy encubrada
es aquél que ella quisiera,
pero de alas carece
para que alcanzarlo pueda!

Ella es de sangre judía,
cual la pez, oscura y negra,
que corre, aunque delicada,
por sus delicadas venas.

Su padre fué cortesano,
médico de cabecera
de un Monarca de Castilla,
á quien sirvió con su ciencia;
y ganó grandes riquezas,

y fué muy diestro en su arte
y muy docto en la manera
(según circunstancia y tiempo,
ó según la conveniencia)
de dar á su Rey la vida...
ó darle muerte secreta.

De pronto se alzan sus ojos
y se clavan en la vega,
do entre poivorienta nube,
que de la tierra se eleva,
no sé si ve un Océano,
en cuyas olas se anega,
ó un vivo y ardiente fuego,
en cuyas llamas se quema.

Porque visto ha tres ginetes
en hermosas jacas negras,
de blanco albornoz cubiertos,
que ya al alcázar se acercan;
y algo el corazón le dice
que hablar no puede la lengua,
ni expresarse con palabras,
pues grande misterio encierra.

Era el uno alto y bizarro,
caminante á la derecha
del más gallardo y apuesto,
del que lleva en la cabeza
un vistoso airón de plumas,
piel muy fina, aunque morena,
y no porque el sol tostase
lo que es natural en ella.

Ojos negros y rasgados,
con muy extendidas cejas,
labios frescos, y la boca
sonriente y entreabierta.

De bello ropón bordado
de oro y plata, en roja seda,
más abajo de las nalgas
va su jaquilla cubierta,
mostrando tal gallardía
y gracia al mover las piernas,
cual si la real majestad
que lleva en sí conociera.

El tercero era un esclavo
que caminaba á su izquierda,
negro como maldición,
mas no de mala presencia,
ni sin arte, buena mano,
sabio ademán y destreza
en refrenar de su jaca
inclinaciones no buenas.

Al alcázar ya llegaban
cuando se echó la visera
el de enmedio, que no es otro
que el Rey que manda y gobierna.

Y alzando arriba su frente,
vió á Raquel junto á la almena,
y con voz dulce la dijo:
«¡Guárdate el cielo, doncella!»
«El os guarde á vos también»,
cual si no le conociera,

llena de amor y ternura,
suspirando añadió ella.

—«Estáis triste—dijo el Rey—,
y en vuestro rostro se muestran
de amargo llanto y dolor
profundo patentes huellas.

¿Qué os sucede y acongoja?,
decidme, que sois tan bella,
que si alguno os hizo mal,
¡vive Dios!, que no me arredra
su valor, para arrancarle
cien mil vidas que tuviera
y dividir en pedazos
su quebrantada cabeza.

Que esta daga aguda y fina,
en que el sol su luz refleja,
lleno de despecho y brío,
en sus entrañas metiera.»

Entonces, con voz ahogada,
sollozando, dijo ella:
«Señor, ya que me obligáis,
metedla vos en las vuestras,
que en estos reinos y estados,
por muy raro que os parezca,
no hay otras que me maltraten...
¡No hay otras que lo merezcan!»

ENRIQUE GOSÁLBEZ BERMEJO
Pozoblanco, (Córdoba), municació
i Heme DIBUJO DE ECHEA

LA ESFERA
MARRUECOS PINTORESCO



Un puesto de alfarería

EL ZOCO DE TETUÁN

EN la explanada que se extiende á continuación del moderno barrio formado por el ensanche de la ciudad, se celebra el zoco, pintoresco cuadro de la vida marroquí, al que presta singular encanto el soberbio fondo de montaña sobre el que se destaca la abigarrada muchedumbre de moros, judíos y cristianos de extrañas y variadas indumentarias que, con su riqueza de color, dan á la escena un alto valor pictórico.

Es, además, barómetro de nuestra situación. Si venden muchos moros, señal de tranquilidad en el interior. Si no venden, peligro de próximos ataques.

El curioso europeo que por primera vez ve un zoco, si es algo artista, sentirá en cada momento atraída su mirada por un grupo de maravillosa composición que al punto se deshace para formarse otro más bello y otro y otro y muchos más que se suceden rápidamente hasta que el visitante no sabe dónde posar su vista para gozar de tan espontáneas y bellísimas agrupaciones de figuras.

Y observa los vendedores, formidables tipos de moros montañeses que vienen con su carga de carbón hecho en el monte. Vendedores de cal que exponen en fragmentos; alfareros con los productos de su industria primitiva; moritas con sus cuévanos de higos chumbos, que ofrecen al comprador, preparándoseles; viejas que traen un cargujo de hierba ó de leña desde lejanos aduares, y otras que aún de más lejos vienen con la inverosímil mercan-

cía de tres huevos y un celemín de cebada. Todos los productos que constituyen la riqueza de las cabilas, bien escasa si por ellos ha de juzgarse.

Al zoco suelen también acudir el Tbib, especie de cirujano que chupa la sangre de los enfermos, y el encantador de serpientes, que hace con ellas ejercicios que suspenden el ánimo de la sencilla multitud que los presencia, viendo cómo se las enrolla por brazos y cuello y se deja picar en la lengua, mientras unas músicas de gaitas y tambor, música orfeica, amansa la fiera de los terribles ofidios.

Preséntase á veces en el zoco el narrador de cuentos, que llama la atención de los moros campesinos haciendo los más extravagantes gestos, gritando al compás de un pandero hasta que logra formar nutrido corro. Entonces da comienzo á sus narraciones, que el público escucha embobado, y que siempre son las mismas: los cuentos de las mil y una noches.

Lograda en el auditorio la emoción artística, el narrador aprovecha la propicia disposición de sus oyentes para hacerles aflojar la bolsa y pagar el trabajo del que «estar sabio por ganar dinero», como ellos dicen, finalidad común á casi todos los del noble gremio.

Con esto y presenciar los contratos entre moros que hablan cuatro palabras castellanas y españolas que conocen tres del árabe más vulgar, resultando las más pintorescas conversaciones, y ver al astuto hebreo que se lleva al vendedor moro engañado para sacarle la mercancía poco menos que de balde, y recibir achuchones de un lado y golpes de las cargadas caballerías por otro, y mezclarse entre moras viejas y andrajosas y grasientos judíos, el europeo vuelve á su hotel con una interesante impresión de vida mora y un picorcillo molesto que desaparece fácilmente con un baño y cambiarse de ropa. ¡No es nada! Cosas de la vida árabe y recuerdos que suele dejar lo pintoresco.



Una transacción en el zoco de Tetuán

L. ALONSO



PINTORESCO ASPECTO QUE OFRECE EL ZOCO DE TETUÁN

Fot. Alonso

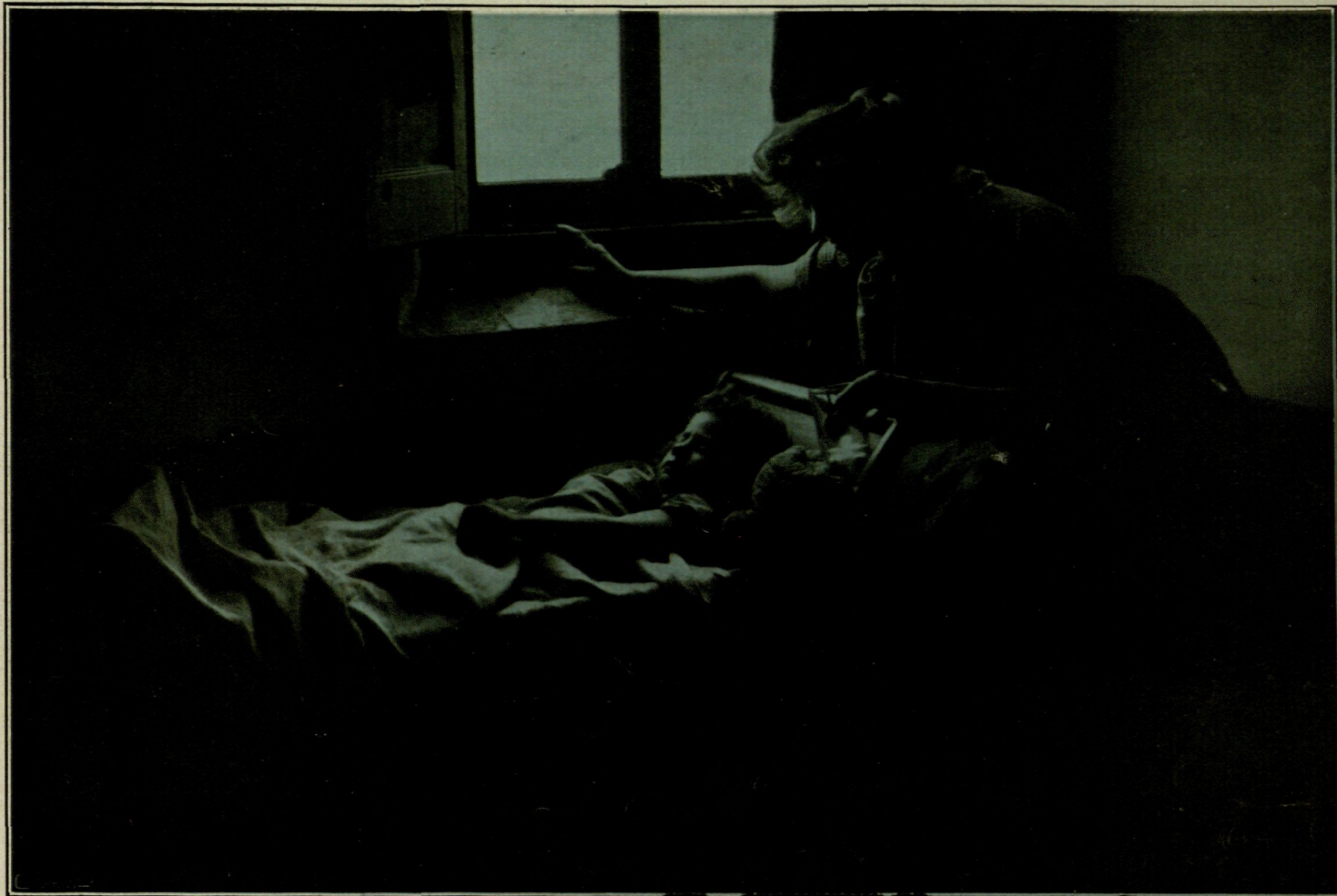
LA ESFERA

TIPOS DE MARRUECOS



VENDEDORAS DE LEÑA EN EL ZOCO DE TETUÁN

Fot. Alonso



“La primera dolencia”

ello pudo haber error ó locura, también puede haber verdad y amor. ¿Cómo hemos de llamar entonces á esta bella imagen producto de tal colaboración? ¿Hemos de no llamarla obra de arte, porque el vocabulario la da el nombre de fotografía en lugar de calificarla litografía ó sanguina, y porque el artista, en vez de tener entre los dedos un pedacito de madera carbonizada, manejó un rayo de sol?»

Este «rayo de sol» está manejado diestramente por Vilatobá en sus paisajes. Horas y sitios elegidos con habilidad y con emoción sugieren diversas sensaciones. Este *Rincón de Cerdeña*, que tiene el valor vigoroso de un Zuloaga, de aquel fondo de *La del loro azul*, por ejemplo. *La majestad del silencio*, que evoca un Rusiñol de la buena época; y esta *Primavera*, donde adivinamos las embriagueces cromáticas de un Mir, y aquel otro amanecer en lo profundo del bosque, que hubiera hecho hincar el alma de silencio dulce que tenía el viejo Corot.

Luego completa este panteísmo desbordado y sublime de los paisajes el realismo castizo de los retratos. Se nota que Vilatobá ha estudiado los grandes maestros del retrato pictórico: Velázquez, Goya, Franz Hals.

Enérgicos, valientes, con una palpitación

de vida extraordinaria, sus rostros de gitana, de viejos ascéticos, de campesinos socarrones, de mujeres para la tragedia clásica, tienen una elocuencia fisonómica.

¡Bien suyas podía hacer Juan Vilatobá, al pie de estos retratos, unas palabras de la señora Camerón, que tan alto renombre adquirió en la fotografía artística á fines del siglo xix!

Decía la ilustre inglesa en sus *Annals of my glass-house*: «Cuando tenía frente á mi aparato hombres como aquél (Carlyle), toda mi alma se esforzaba en colmar su deber con el modelo, procurando retratar fielmente la grandeza del hombre interior, tanto como los rasgos del hombre exterior. Tomada de este modo la fotografía era casi la personificación de una plegaria.»

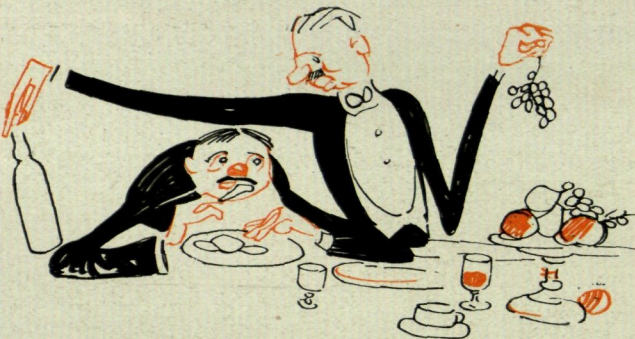
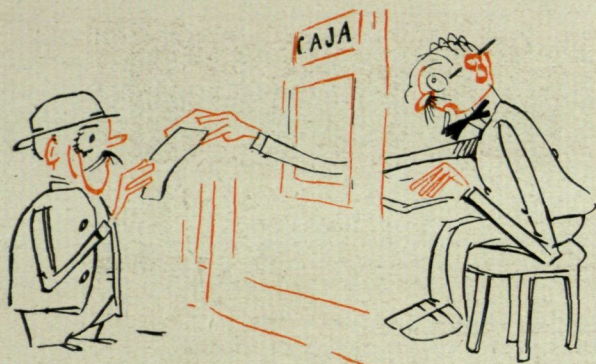
Así, como oraciones, como plegarias, exaltan la figura humana y los espectáculos fugitivos de la tierra y del cielo estas obras apasionadas, que ahondan en la sensibilidad y que además tienen todos los valores del aguafuerte y la riqueza del cuadro de Vilatobá.

«Han escogido—volvemos á copiar de Roberto de la Sizeranne—no las horas soleadas en que se ve todo, sino aquéllas vecinas del crepúsculo, en que las cosas se dejan adivinar. Recuerdan que en arte es un error querer definirlo todo, porque ante una cosa definida no le resta nada que hacer á la imaginación. Por el contrario, lo indefinido es el camino de lo infinito. Tal valle, tal costa, tal trozo de mar, que son vulgares si se ven con todos sus contornos, se transforman, medio velados por la bruma, en algo tanto más deseable por menos poseído, y curioso por menos conocido...»



“La majestad del silencio”

CRÍTICA CÓMICA DEL SÉR HUMANO



Nosotros creemos sinceramente que el hombre anda porque tiene piernas y no que tiene piernas para andar.

Es decir, que no creemos en las causas finales. Y no creyendo en las causas finales se sobreentiende que no creemos en la sabiduría de la Naturaleza.

La Naturaleza nos parece torpe, caprichosa, ininteligente y brutal.

Estamos decididos á criticar á la Naturaleza, y pase lo que pase.

Su obra maestra, según los doctos, es el sér humano. Pues criticaremos al sér humano, no ya en el orden moral, donde todos estamos conformes en que es imperfecto, sino en el orden fisi-

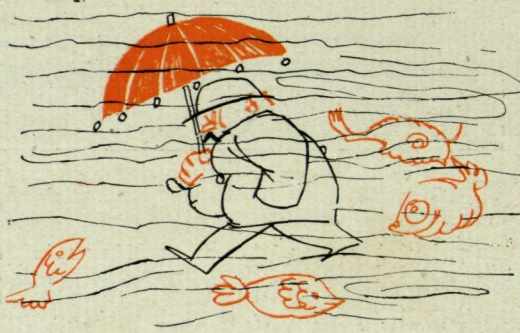
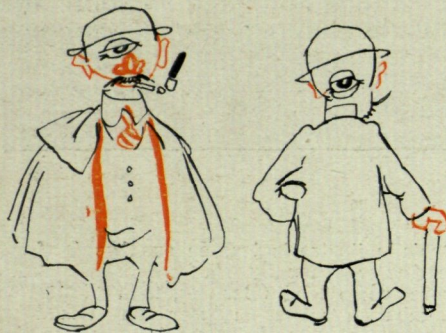
occipicio, lo que le preservaría de tantos peligros.

Así como protestamos de los dos ojos en una misma dirección, protestamos de todos los órganos dobles. Habiéndose demostrado que puede vivirse con un riñón ó un pulmón nada más, esa

En general, es una asombrosa torpeza, ó una incalificable impiedad de la madre Natura, que el hombre no nazca facultado para vivir, para subsistir, mejor dicho, y que se vea en la precisión de vestirse, tocarse y calzarse. ¡Oh! ¡Y cómo se reducirían en seguida los modernos problemas sociales, si así no fuera!...

La optimista creencia de que el hombre nació en un tiempo con facultades para vivir «á cuerpo limpio» y que luego su decadencia física le ha llevado al necesario uso del sombrero, el traje y las botas, es una hipótesis tan gratuita como la entrada á los museos.

¿Quién ha visto esa especie de hombres? Y en último caso, ¿qué nos importa el pasado? «El



dualidad orgánica no nos sirve como no sea para duplicar las probabilidades de afecciones ó accidentes y, en caso de enfermedad, para sufrir por dos y fallecer por menos de nada.

Puestos en todo, si los órganos dobles fuesen ventajosos, la nariz, y con la nariz todos los órganos sencillos, debieran levantarse contra esa inferioridad en que se les coloca.

Otra de las redundancias en el sér humano son los dedos de los miembros abdominales, que parecen creados con el único y sindicalista objeto de dar de comer á los pedicuros.

Por el contrario, en lo que se refiere á los miembros torácicos, los dedos de las manos nos

co, por el que no ha recibido hasta ahora más que alabanzas.

Y he aquí que salta un dato de la insensatez de las gentes: cuando se habla de los factores morales del hombre se dice: «¡Qué malo es el hombre.» Y cuando se habla de sus factores físicos se dice: «¡Cuán sabia es la Naturaleza!...» Como si unos y otros no fuesen obra de ésta misma.

Vamos, pues, á criticar aquello por lo que se exclama: «¡Cuán sabia es la Naturaleza!», ya que lo otro, la maldad, el egoísmo y los vicios del sér humano se le achacan á éste, como si él tuviese la culpa de ser tal cual ha sido hecho. Comencemos.

El defecto más importante del sér humano es que no tiene la cabeza giratoria. Para ver lo que hay ó lo que sucede á su espalda ha de volverse todo él; esto, que ya implica una molestia supérflua, es una necesidad retardataria que pone al hombre á merced de un enemigo rápido ó silencioso. La cabeza del hombre debiera poder volverse por completo á la izquierda ó á la derecha, y de no ser así, es indignante el hecho de que tenga dos ojos en una misma dirección, cuando bastaba uno sólo, y no tenga ninguno en el



parecen pocos; las personas que cuentan con los dedos apenas si pueden enterarse de nada.

Además, los brazos debieran ser mucho más largos y con esa facultad de distenderse que tienen los pescuezos de ciertas aves gallináceas. Esto sería de una gran utilidad para los burócratas y nos evitaría en los banquetes el molestar y sonreír á los comensales vecinos, dirigiéndoles reiterados ruegos para que nos acerquen las botellas y los entremeses distantes.

El hombre debiera descansar en pie, como los animales. Se ahorraría una gran cantidad de pesetas en su mobiliario y otra gran cantidad de fórmulas de cortesía.

Los cabellos sobran en el sér humano. No se nos aduzca que sirven para abrigar la cabeza. Entonces sobran los sombreros. ¿Que éstos no abrigan lo suficiente? Pues que se decida la Naturaleza y que cree, ó hombres con bastantes cabellos para no sentir los rigores de la intemperie, ó hombres con sombreros lo necesariamente peludos para el mismo fin.

pasado no nos pertenece», que dijo no sé quién. El presente, sí. Y al presente, el hombre no nace organizado para vivir sin la colaboración de los sastres. Esto es una vergüenza.

Pero quizá la imperfección más grave que advertimos en el sér humano sea la de que no es anfibio. El hombre debiera ser anfibio. Eso de que si se cae al agua se ahogue nos parece el colmo de la imprevisión por parte de la Naturaleza. Tanto más, cuanto que el mundo es más bien líquido que sólido.

Hay quien, sobre ser anfibio, quisiera ser volátil. ¿Para qué? Volar no es una necesidad; es más bien un sport y un recurso guerrero. Aquí tratamos de lo fundamentalmente preciso.

Para caminar por el aire ya tiene los aeroplanos, así como para transportarse por la tierra tiene los carrillos.

Imparcialidad ante todo. Y aquí damos fin á la crítica del sér humano. Ahora, la Naturaleza tiene la palabra... Nos consta que el trueno es su voz; pero, aun siendo así, la suplicamos que hable y que se justifique. Nos encomendaremos á Santa Bárbara.

FERNANDO LUQUE

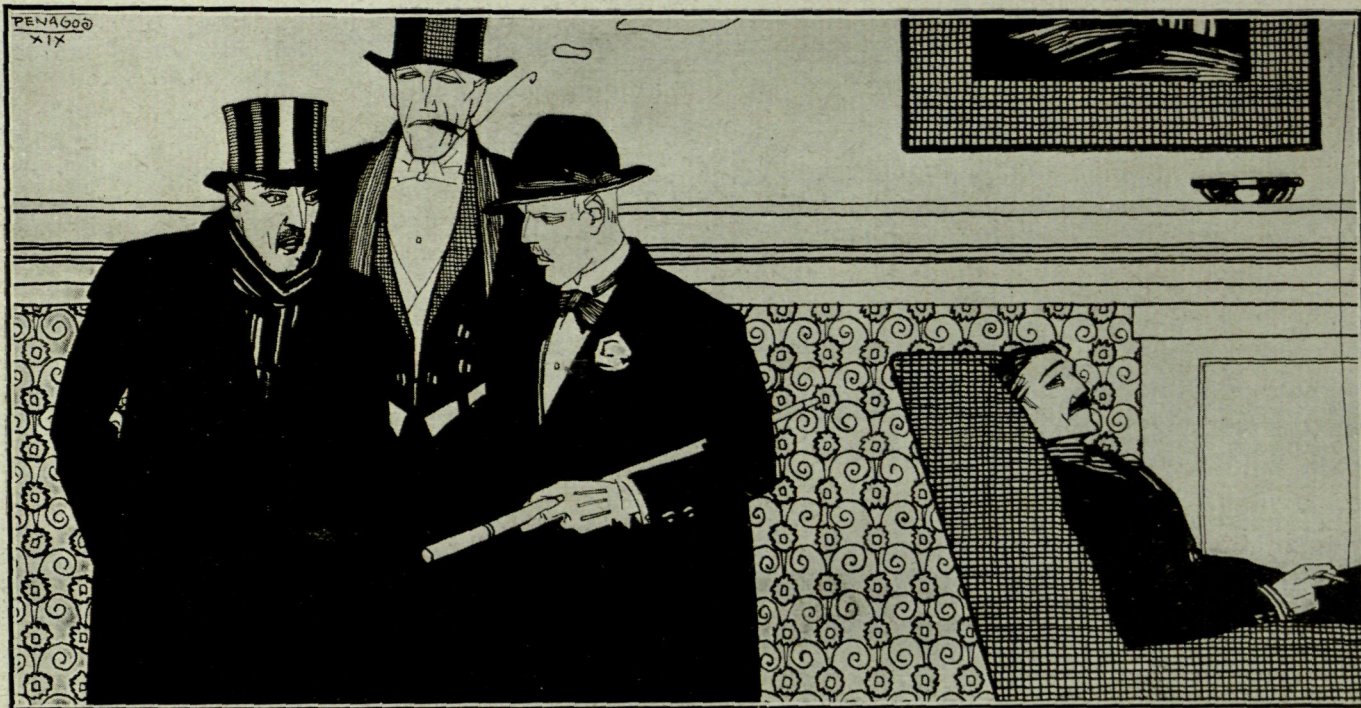
DIBUJOS DE ROBLANO



B
Comunicación
General

—LOS—
CASINOS

EL ELEMENTO JOVEN



L'ame se pose sur les chefs-
d'œuvre. Nous n'avons une âme
que pour cela.

RODIN

DESDE que el elemento joven del Casino *Libero-Conserva-Reformador* — que así se llama el tal Casino — echó á rodar la Junta inmovible que desde el 85 manejaba á su antojo el Casino Primitivo — que así se llamaba antes el tal Casino —, han sucedido en los espléndidos salones del gigante edificio las cosas más admirables. Sentemos, en primer lugar, que antes no sucedía nada. El año 1885 el cólera mató á todos los socios del Casino, menos al médico, y desde entonces, sólo había ocurrido que no había ocurrido nada. En vano los acontecimientos nacionales, los asuntos de la región, los mismos hechos de la ciudad habían llamado á aquellas puertas; dentro de ellas estaba prohibido jugar, estaba prohibido leer, estaba prohibido hablar de religión, de política, de problemas sociales y de los sucesos urbanos; únicamente se podía beber, escupir en el suelo, cantar *Marina*, y quejarse cuando algún socio miope pisaba á otro socio un callo. Pero los tiempos no en balde transcurren, y ahora el Casino era otra cosa muy diferente. Un día el elemento joven se sublevó, y el nefando pronunciamiento arrastró lo viejo al desván. Cuando yo entré en el Casino, había un letrado enorme que decía: *En este Casino está permitido todo*. Las escupideras en sus tripodes, á la altura de los ojos, recogían amorosamente vuestras babas; una legión de domésticos, con hebilla en los zapatos y medias encarnadas, os traía á la diminuta mesa de corazón de pino laricio lo que pidierais: la última revista ibera ó china, el último libro, la bebida de moda, el recado familiar, la esquelita íntima, la confianza del correligionario ó la orden del cacique... Se podía hablar de todo con tal de que se hiciera... daño á alguien. Si durante una juerga rompiais á tiros la luna de un espejo, un mancebo acaramelado, de labios perversamente fruncidos por risa sardónica, os traía en una bandeja la cuenta del cristal, del azogue, del trabajo á realizar en su reposición, más cinco veces el valor de la luna; adorable cuota de entrada que pagabais al ingresar á la fuerza en la peña de los lunáticos. Y todo esto había sido obra y gracia del elemento joven. ¡Oh, el elemento joven del Casino *Libero-Conserva-Reformador*!... Antes, para ser recibido socio, precisabais ser presentado por un banquero, un cura, un potentado y una autoridad, amén de ir acompañados de la fe de bautismo, último recibo de la contribución, papeleta última del párroco garantizando el cumplimiento pascual, y certificación de buena conducta expedida por el alcalde y legalizada ante notario. Ahora, ser socio consistía en que-

rer ser socio y nada más que en querer ser socio. El elemento joven os recibía con lágrimas en los ojos; no necesitabais destripar un billete para avanzar cantidad alguna, y cuanta más sinvergüencería llevarais en los ojos, mayor regocijo causaba al Casino vuestra presencia. ¡Qué cambio, qué profunda metamorfosis!... El edificio antiguo, un caserón de antipática traza severísima, había ido á parar á un contratista en capítulo de materiales de derribo. Todo era allí nuevo; todo resplandecía en el Casino actual. Los planos, firmados por cinco arquitectos en comandita — tal y como es moda hoy hacer un edificio —, fueron expuestos durante un mes á la pública estupefacción. Ahí es poco la casona vieja transformada en un edificio de cinco pisos, con tres chaflanes, dos torreones con un faro cada uno en la punta, cuatro terrazas veraniegas y patios innumerables para la invernada. En las acurelas de los planos la gente contemplaba boquiabierta aquellos faros arrojando masas de luz sobre el infinito; aquellos ventanales gigantes como arcos de iglesia que cegaban por su exceso de rayos los millares de arcos voltaicos que convertían las cuatro fachadas en un palacio de ensueño de cuento tártaro... Y aunque la realidad redujo lo de las acurelas, como hoy es moda también, á límites modestos, sin embargo el Casino de los dos guiones, como le llamaba la gente mal educada, era todavía una maravilla con su Gran Hotel en los pisos de arriba, sus puertas dos veces más vastas que las de Korsaabad, sus *garages* para los automóviles y sus quinientas trece habitaciones *casinarias*. Y todo, todo ello le había salido de la cabeza al elemento joven.

Asqueado, sí, señores; avergonzado el elemento joven, derribó la Junta, derribó el cuadro de los socios, hecho á pluma por un discípulo de Palucie; derribó el reglamento, derribó el edificio, derribó el espíritu que lo informaba é invadía todo como una pegajosa humedad ancestral; derribó los cimientos y los principios de todo eso; y valeroso, audacísimo á lo norteamericano, hijo de nuestro tiempo, el elemento joven salvó las dificultades ibéricas al modo moderno. Durante el mes, corto tiempo que los planos estuvieron expuestos fué levantado el edificio. Los socios mismos, interpelados por el asombro, respondían con la sonrisa en los labios: No hay que admirarse; es que el elemento joven lo arrolla todo, señores. ¡El elemento joven?... ¡Y quiénes eran el elemento joven? Porque los mismos socios de ahora eran los de antes: padres, hijos, amigos, conocidos todos ellos de cada uno de ellos... Pues ahí tienen ustedes el milagro cívico. Nadie se lo explicaba, y todos los veían ante sus ojos, en la adorable forma de un Casino, el mejor edificio de la provincia, foco de luz

y de libertad, sobre lo que fué fruto híbrido de cripta y de cueva, de cloaca y covachuela. Allí entraba el obrero y el zanguango, el funcionario y el tagarote, el grande y el humilde... Donde antes no se podía hablar de religión, había ahora peñas hasta de teósofos; donde nunca se pudo romper un espejo, sencillamente porque no los había siquiera, ahora se había llegado al absurdo de constituir en uno de los salones casinarios nada menos que el magnífico club de los lunáticos ó rompedores profesionales de lunas. ¡Queréis mayor libertad, mayor señal del espíritu de la época? Las había mayores. Sí, mayores, aunque parezca mentira. El elemento joven no quiso hacer las cosas á medias. Podíais comer en los sótanos del Casino con — vergüenza da decirlo — la mujer más indecente. Podíais salir de allí borrachos hasta el tuétano. Podíais, sin salir de allí, vivir una semana, un mes, un año sin necesitar de nadie y de nada de fuera. Podíais... podíais, asombrados, entrar pobres, muy pobres, y salir ricos, riquísimos...; salir sin un céntimo, partido por el medio, y haber entrado con la cartera repleta de billetes. Todo se podía hacer allí. En tres días dos socios se habían vaciado la sesera por su libre albedrío, allí donde el suicidio, sólo en su puro concepto, hubiese matado de estupor á los socios del Primitivo. En tres días, en el espacio de tres días..., dos cadáveres. Y el gobernador cada vez más gordo. Y los hospitales cada vez mejor atendidos. Y todos satisfechos del elemento joven, que, contento con hacer las delicias de los casinarios, repartía miles de duros por los barrios pobres, por los sitios terribles donde el dolor aúlla... Muchos centenares de manos y de bocas bendecían al elemento joven del Casino *Libero-Conserva-Reformador*. El Casino de los dos guiones era el árbitro de la ciudad y de la provincia. Pero ¿á quién señalar como causa de todo ello? ¿Quiénes simbolizaban ese elemento joven, audaz, valentísimo, capaz de burlar los expedientes ibéricos, la autoridad ibérica, la fatalidad ibérica y la inexorable inercia ibérica? ¿Qué clase de divina juventud revolucionaria era esa que en espacio tan corto había realizado tan asombroso cambio de Casino á Casino?

Imposible saberlo. La causa de todo era el elemento joven, y en paz. Yo creo que únicamente hubiesen podido precisar algo más los dos socios que en el espacio de tres días se habían saltado la tapa de los sesos. Los dos se habían matado en la sala de juego. Pero atreveos vosotros, si queréis, á conciliar eso del juego y el elemento joven. A mí me daría pena hacerlo, y si escribo de ello es porque...

EUGENIO NOEL

DIBUJO DE PENAGOS

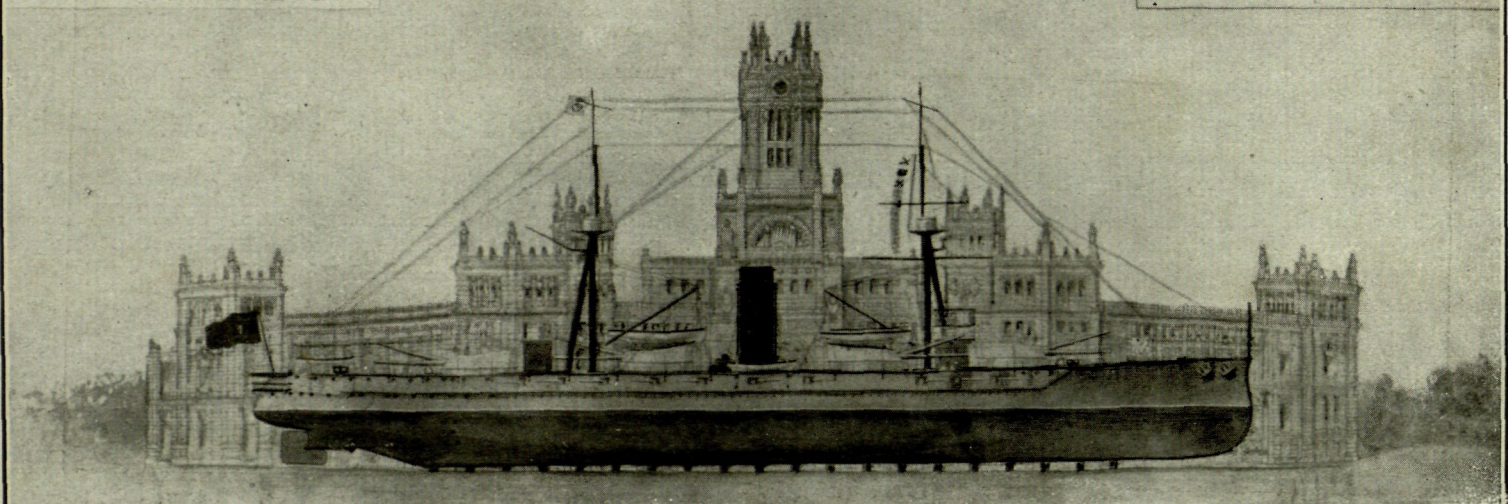
Biblioteca de Comunicación
i Hemeroteca General

La Sociedad Española de Construcción Naval en el Congreso de Ingeniería

SOCIEDAD ESPAÑOLA DE CONSTRUCCION NAVAL

ACORAZADO TIPO "ESPAÑA" CONSTRUIDO POR ESTA SOCIEDAD PARA LA MARINA DE GUERRA ESPAÑOLA COMPARADAS SUS DIMENSIONES CON LA CASA DE CORREOS

DIMENSIONES Y DATOS PRINCIPALES	
CARACTERISTICAS	POTENCIA OFENSIVA
Eslora entre perpendiculares	2.200 m. y 50 metros
Manga máxima	24 m. 50 centímetros
Puntal de traza	22 metros de 18 a 10 m. y 10 metros
Catado medio	2 m. 50 centímetros
Desplazamiento en toneladas	2.000 toneladas
Velocidad en nudos	17 m. 50 centímetros



Acorazado tipo "España", construido por la Sociedad Española de Construcción Naval para la Marina española de guerra. Sus dimensiones, comparadas con las de la Casa de Correos

ESTA Sociedad, arrendataria de los arsenales del Estado en El Ferrol y Cartagena, y de los talleres de artillería de la Carraca, y propietaria de los astilleros y factorías de Matagorda, Sestao y Reinos, presenta, en dos salas de la Exposición, una colección interesantísima de modelos y proyectos de construcciones navales y militares.

Llaman la atención a primera vista, entre los modelos, los de los acorazados, cañoneros, destroyers y torpederos ya entregados a la Marina, y los de los cruceros, destroyers y submarinos en construcción, así como los ejemplares de los proyectiles desde 30 1/2 a 7 1/2 centímetros, espoletas, minas submarinas, depósitos de aire para tubos lanzatorpedos, frascos para envase de mercurio, portillas «Stone» y otros productos de la industria militar. Descuellan asimismo los modelos de los vapores construidos para la Compañía Transmediterránea y para las Sociedades Altos Hornos de Vizcaya y Duro-Felguera. Entre los cuadros murales llaman preferentemente la atención los planos de buques para la Compañía Transatlántica, muy especialmente el mayor de ellos, de 18.000 toneladas de desplazamiento, proyectado sobre la Puerta del Sol, y el acorazado *España* proyectado sobre la Casa de Correos, y un gráfico que abarca a todos los buques militares y mercantes en construcción y contratados por la Socie-



Toneladas de desplazamiento y potencia en caballos de los buques y máquinas construidos, en construcción y contratados para construir, por la Sociedad Española de Construcción Naval, y comparación de la longitud total de esas, con la distancia desde la Puerta de Atocha al Paseo de Ronda

dad, que, formados en línea de fila desde la Puerta de Atocha al paseo de Ronda, alcanzan una longitud total de 5.659 metros, dan la vuelta al Hipódromo y terminan en la estatua del marqués del Duero, representando en conjunto unos 74 buques, con un total de unas 237.000 toneladas de desplazamiento.

Entre las fotografías y planos de los diversos establecimientos de la Sociedad, sobresale el nuevo de Reinos, dedicado a la fabricación de grandes piezas de acero forjado y moldeado, elementos de artillería y aceros especiales, con destino a todas las construcciones que la Sociedad realiza. En ellas, según los gráficos que presenta, emplea un personal obrero, que de cinco mil

ha pasado a nueve mil, y cuyos jornales han aumentado del 77 al 147 por 100, y el precio de la hora del 100 por 100 al 169 por 100.

Expone, además, la Sociedad una colección de álbums ilustrados, y resúmenes anuales de sus obras y de sus memorias y balances.

El rápido examen de ellos y de los gráficos complementarios permite apreciar sintéticamente el próspero desarrollo de esta Sociedad, cuyo capital ha pasado de 10 a 50 millones de pesetas, completamente desembolsado, y cuyas propiedades exceden en valor a dicho capital. Su último volumen de obra anual, sólo para obras mercantes, ha sido de 47 millones de pesetas. En la actualidad tiene en construcción 13 buques de guerra, 14 mercantes, dos gabarras, un remolcador y una grúa flotante de 100 toneladas, y el volumen de obra total contratado para ejecutar en cuatro años, a partir del actual, excede de 380 millones de pesetas, ó sea de unos 70 millones anuales, sumando las obras militares y las mercantes, en las que no están incluidas las del contrato con la Compañía Transatlántica, en los diez años restantes de su duración.

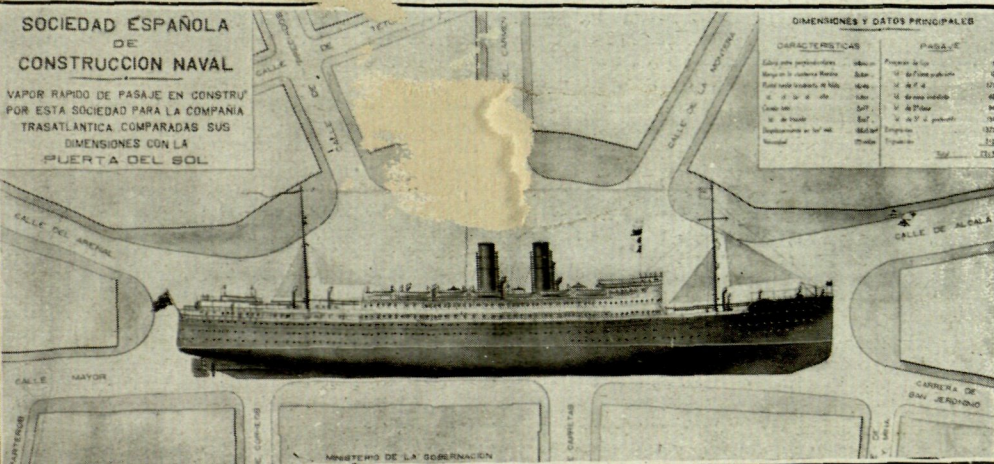
Todo ello es una muestra de la prosperidad de la construcción naval en España, y muy especialmente del impulso que ha sabido imprimirle la Sociedad, y justifica cumplidamente su crédito industrial y la cotización de sus acciones, a las que ha ido repartiendo dividendos crecientes de 5, 6 y 7 por 100, no obstante la crisis por que la construcción naval ha atravesado, y que este año todo induce a creer será del 8 por 100, puesto que acaba de anunciar un dividendo á cuenta, en 1.º de Enero, del 4 por 100.

Esta amplia manifestación de una de las principales actividades navales del país es un éxito más de la Exposición de Ingeniería y un motivo más de satisfacción para los españoles.

SOCIEDAD ESPAÑOLA DE CONSTRUCCION NAVAL

VAPOR RÁPIDO DE PASAJE EN CONSTRUCCION POR ESTA SOCIEDAD PARA LA COMPAÑIA TRASATLANTICA COMPARADAS SUS DIMENSIONES CON LA PUERTA DEL SOL

DIMENSIONES Y DATOS PRINCIPALES	
CARACTERISTICAS	PASAJE
Eslora entre perpendiculares	100 metros
Manga en la cubierta superior	12 metros
Puntal de traza	10 metros
Catado medio	2 metros
Desplazamiento en toneladas	1.000 toneladas
Velocidad en nudos	17 nudos



Barco rápido de pasaje, en construcción por la Sociedad Española de Construcción Naval, para la Compañía Transatlántica. Sus dimensiones, comparadas con las de la Puerta del Sol

EL HIJO



Los dos hermanos, ante la blanca cuna del niño, sollozaban desesperados.

La mujer, terminado el trágico relato que no se atrevió jamás á confiar á una carta, sintió anudada su garganta por un hipo de angustia, y no pudo hablar más.

Su hermano, en pie, pasado el momento agudo de dolorosa crisis, contemplaba absorto la cuna en la que el niño sonreía, dilatada su carita de nácar y rosa con esa sonrisa única, luminosa y serena que sólo los niños tienen.

¡Triste llegada la del licenciado! Cuatro años luchando, sintiendo aletear sobre sí la muerte en el horror de los campos de batalla y en la trágica desolación de las trincheras, para regresar ahora á su hogar y encontrar en él la huella del dolor y del crimen.

Durante largos días de epopeya, el soldado, en la terrible pesadilla de los combates y en el cruel desamparo de las noches de centinela, sólo vivió para este ansiado momento del retorno, cuando él llegase triunfal á la aldea y los trémulos brazos de la abuela y de la hermana, de la linda niña que él dejó para caminar tras de la muerte y de la gloria, pudieran abrazarle, dándole el saludo de paz. Y su sueño yacía ahora destrozado por el cruel dolor humano,

por la rudeza implacable de la fatalidad. Muerta la vieja y la hermana mancillada; hundida en el dolor y la vergüenza desde el principio de la guerra; infamada por uno de aquellos soldados que asaltaron la aldea á sangre y fuego.

Del relato de la hermana sólo quedaba en el alma de él el recuerdo de aquella noche trágica de la invasión en que la muerte sorprendió á la abuela y la terrible algazara de la soldadesca germana invadió su casa. Después, las tropas francesas reconquistaron el poblado y huyeron los invasores dejando en la rubia niña doliente reliquia perpetuamente evocadora y triste de su paso...

Sollozaba la hermana inconsolable, ante el hermano, que al fin pudo preguntarle:

—¿Y «él»?—Y en la interrogación vibraba, como una esperanza, un trémolo de odio vengativo.

—Seis noches después—respondió la cuitada—, cuando los nuestros volvieron, iba á huir con los demás... Pero no pudo... Le mataron en la misma puerta... y quedó cruzado en la calle para siempre...

Nuevamente las lágrimas apagaron su voz. El hermano contemplaba en silencio al niño, al hijo del dolor y del crimen, que reposaba en la blanca cuna. Sangre suya era; de la misma savia fraterna llevaba jugo en sus venas. Y

como si del amor y no del odio fuera nacido, el niño era hermoso, blanco, rubio y alegre como un querube.

Fuera de la casa sonaban músicas y cohetes. El pueblo celebraba la paz y el retorno de los soldados supervivientes. Por las cristaleras de la casa penetraban las luminarias. El compás de la vida marcaba el ritmo familiar de las risas pueblerinas. El hermano fué á la cuna y le alzó la frente de las manos, diciendo con acento rudo y conmovido:

—¡Flores más!... Ya, ¡qué ha de hacerse!... ¡Haré cuenta de que me nació un hijo!...

La hermana se le abalanzó al cuello y le abrazó temblando.

Y mientras estallaban los cohetes trazando sus jeroglíficos en el cielo y vibraban alegres las músicas, el niño sonreía en su cuna, serenamente, luminosamente, como si en aquella alegría del pueblo que celebraba la paz, él, que fundía en sus venas las sangres de las dos razas enemigas, fuera el símbolo de la paz más alta y la esperanza viva de aquella nueva humanidad que después de la matanza se asomaba al mundo...

JULIÁN FERNÁNDEZ PINERO

DIBUJO DE PEDRAZA

Biblioteca de Comunicació
i Hemeroteca General

:: LOS GRANDES ::
REVOLUCIONARIOS

MASANIELLO

CONCLUSIÓN.—(Véase el número anterior)

de sesenta casas. Como se ve, el mal es antiguo.

La primera casa asaltada fué la del arrendador del impuesto sobre las harinas, Jerónimo Letizia, que fué arrasada, con la riqueza inmensa que contenía, por el fuego. La multitud, atizando la hoguera, exclamaba: «Todo esto es nuestro; así merecen arder en el infierno los que nos lo han usurpado.»

Hubo un momento en que el desdichado duque de Arcos se rebajó hasta enviar un mensaje á Masaniello, pidiéndole algunos manjares y comestibles delicados. Masaniello se disponía á complacerle con apresuramiento, hinchándose de vanidad por tal petición; pero sus sectarios se interpusieron, afeándole su conducta, y él, comprendiendo rápidamente que iba á perderse, repartió entre los más exaltados los regalos que para el duque preparaba, añadiendo muchos víveres y barriles de vino, con lo cual, y exagerando luego su fervor revolucionario, afirmó de nuevo su popularidad, valiéndose para ello, además, de esparcir la voz de que iba á poner en vigor un privilegio que á la ciudad había otorgado el Emperador Carlos V, y por el cual clamaban los napolitanos.

Desvanecido por el aura popular, cambia totalmente de carácter, mostrándose suspicaz y á la par deseoso de mando y grandezas, delisonejas y adulaciones. Conociendo planes de perpetuidad en la grandeza y en el mando, trató de convertir su pobre casita en magnífico palacio, para lo cual mandó derribar todos los edificios que rodeaban aquella, sin atender quejas y reclamaciones, y pidiendo á los comerciantes ricas telas y soberbios muebles, y hasta trató de crearse una servidumbre con su correspondiente librea.

Aparte esto, repartió los oficios y empleos más principales entre gente baja, ignorante y trubanesca, y levantó en varios puntos de la ciudad horcas y patibulos, que ciertamente no estaban mucho tiempo desocupados, la mayor parte de las veces en satisfacción de venganzas ó por fallidas exigencias de dinero.

En la ceremonia de un pacto que el virrey se avino á firmar con Masaniello, iba éste á caballo, con vestido de tejido de plata, y su mujer con lujosísimo traje regalado por la virreina, que la llevó en coche de gala á la iglesia, donde, ante el arzobispo y los nobles, debía verificarse la ceremonia. Masaniello allí mismo, en un indudable raptó de locura, quiso desnudarse; desgarró el vestido y dijo que quería volver á su estado de pescadero; pero inmediatamente faltó á todo lo convenido, y recorrió las calles de Nápoles á caballo, medio desnudo, con una espada en la mano, diciendo: «¿Qué duque ni qué Rey? Aquí yo lo soy todo, y no conozco superior.»

Otra vez volvió del puerto ebrio y descompuesto, y encerrado por fuerza en su casa, amotinó, dando gritos, al pueblo; y mostrándose á él por una ventana, entre cuatro luces, le dijo: «Pueblo mío: ya estoy muerto; dentro de breves horas seré asesinado» (1).

Al mismo tiempo, los atropellos, los asesinatos y los incendios continuaban, ordenados por él mismo, persiguiendo, sobre todo, á la Nobleza.

Por fin, el día 16 de Julio, á los nueve días de su revolucionario imperio, dió las últimas y evidentes pruebas de su locura, y con ellas el término de su vida.

Celebrábase la festividad de la Virgen del Carmen en el convento de este nombre; el templo, refulgente de luces, estaba completamente lleno de fieles, y el cardenal Filomarino se revestía para celebrar los oficios divinos, cuando se presentó á él Masaniello, diciéndole que le amparase, pues el pueblo ya no le quería.

Intentó calmarle el prelado, y en un descuido de éste, Masaniello salió al templo, se apoderó de un crucifijo, subió al púlpito y pronunció un ardiente discurso con su verbosidad natural, no falto de frases y conceptos de buen sentido. Pero de pronto se acentuó su locura y añadió tantas sandeces y despropósitos, hizo tantas

bajeza vil de Catáneo correspondió con otro más indigno aún: el de recibir el regalo con muestra de júbilo y de feroz alegría (1).

Ni una voz ni una espada se alzó en defensa de aquel desdichado, que días antes era dueño absoluto de la ciudad, á la cual, después de todo, había acarreado el beneficio de abolir los impuestos y abaratar la vida.

El cadáver del infeliz pescadero fué horriblemente profanado.

Llevando delante la cabeza clavada en una pica, el cuerpo fué arrastrado por calles y plazas, bárbaramente mutilado, y arrojado, casi deshecho, en los fosos de Puerta Nolana, mientras la cabeza fué depositada en un muladar, junto al mercado de granos.

Así terminó la vida de aquel desdichado, de esa popular figura histórica italiana; pero no acabó con ella le revolución, que por impulso ajeno y falaces consejos se había desencadenado en la ciudad.

La insurrección tuvo después otros dos caudillos, hasta que se convirtió el Reino en República, proclamando presidente ó *dux* al duque de Guisa; poniendo así en claro los manejos de Francia, á cuyo dominio hubiera pasado seguramente aquel Reino, si por fin el duque de Arcos no hubiera salido, impulsado por la Nobleza, de su incomprensible apatía, y, sobre todo, si no hubiese llegado una escuadra española, mandada por D. Juan de Austria, el hijo de Felipe IV y de la comediante La Calderona, que se apoderó en breve de la ciudad y puso fin al estado de anarquía que aún persistía en ella, no obstante el mando del duque francés.

El duque se vió en seguida abandonado por la plebe revolucionaria que acaudillaba, y salió de la ciudad precipitadamente, intentando ponerse al frente de las tropas que desde Aversa se dirigían á Capua; pero fué perseguido y cercado por todas partes, no sólo por sus enemigos, sino por sus propios soldados y por el populacho de la comarca, que poco antes le aclamaba.

Aún tuvo los arrestos de abrirse paso con su espada; pero herido su caballo, cayó maltrecho y fué hecho prisionero por Visconti, teniente de la compañía de Corazas mandada por D. Diego de Córdoba.

Conducido á Gaeta con sólo diez nobles caballeros franceses que no le abandonaron un momento, quiso el conde de Oñate, que allí gobernaba, cortarle la cabeza; pero se opuso á ello D. Juan de Austria, siendo conducido á España, donde muy en breve fué puesto en libertad (2).

Así terminó la revolución napolitana, que comenzando el 7 de Julio de 1647, terminó en 6 de Abril de 1648; corto período — dice un autor, testigo presencial — en el cual dos napolitanos demostraron un valor fabuloso y á veces una ferocidad inaudita, y los españoles una constancia heroica.

Es de suponer que esa constancia y esa heroicidad no se refieren á la conducta del virrey.

FERNANDO SOLDEVILLA

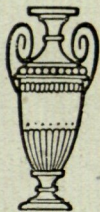
Biblioteca de Comunicación
General

DE UN ESPAÑOL DE ANTAÑO

HIDALGAMENTE

*Vivo en mi vieja, colonial casona,
con su patio andaluz, su limonero,
su raspada ventana, su ancho alero,
y he llorado á raudales contemplando
cómo mi España, que lo tuvo todo,
fué perdiendo á jirones su grandeza,
fué llenando mi hogar de pesadumbre,
y trocando la propia en tierra extraña...*

*Por ser realista me llamaron godo,
mantuve mi adhesión al Rey Fernando,
y he llorado á raudales contemplando
cómo mi España, que lo tuvo todo,
fué perdiendo á jirones su grandeza,
fué llenando mi hogar de pesadumbre,
y trocando la propia en tierra extraña...*
*Mas, aunque me traspase la tristeza,
¡guardo, como un tesoro, la costumbre
de sentirme español fuera de España!*



*Mi hijo, hoy mozo, ha nacido en Venezuela,
y á su fecunda Patria bendecida
canta y elogia sin que se lo impida
la convicción de que me desconsuela.*

*Por el libertador Bolívar siente
la ciega admiración del fervoroso
que consagra sus cultos al coloso
caudillo redentor de un Continente.
Mas ¡ay!; cuando espigamos en la Historia,
y yo, entusiasta, alabo la memoria
del grande pueblo que hoy cansado está,
el hijo de mi amor, siempre altanero,
¡me habla del bravo Páez el llanero
y del radiante sol de Boyacá!*

*La sangre, en vez de unir, nos ha partido;
¡untar su vida con la mía es vano:
mi gloriosa altivez de castellano
lastima su altivez de redimido.*

*Yo soy sol que se pone; él, sol que sale;
mi pasado, para él, es una espuela...
¡Somos—lo reconozco aunque me duela—,
yo, el que pudo valer; él, el que vale!
Los dos temblamos de jactancia; pero,
¿es él quien ha acertado, ó yo el que yerra?
Su regocijo no es mi regocijo,
y, sin embargo, fusionarlos quiero:
¡que por su luz pasada amo á mi tierra,
y por su luz futura amo á mi hijo!*

E. RAMÍREZ ANGEL

Caracas, Octubre 1919.

contorsiones ridículas y ademanes indecentes, que de orden del arzobispo se le retiró á la fuerza del púlpito y le subieron á la celda de un religioso, donde, bañado en sudor y casi desmayado, quedó profundamente dormido» (1).

Celebrábase la ceremonia religiosa, cuando entró atropelladamente en el templo, aún lleno de fieles, una furiosa turba, mandada por unos foragidos llamados Salvador y Carlos Catánea, Angel Ardizone y Andrés Ramos, todos muy bien armados (que la noche antes habían conferenciado con el virrey), gritando: «Viva el Rey de España; viva el duque de Arcos; muera el que obedezca á Masaniello!»

La multitud quedó aterrada y muda, y los feroces contrarrevolucionarios se dirigieron á la celda en busca de Masaniello.

Este, que acababa de despertar, salió corriendo y les dijo: «¿Me buscáis? Heme aquí, pueblo mío; y recibí por respuesta cuatro balas de arcabuz que le tendieron muerto en tierra, pronunciando al caer estas últimas palabras: «¡Ingratos, traidores!» (2).

Un carnicero que iba entre la multitud le cortó inmediatamente la cabeza, que aún gesticulaba, y asiéndola por los cabellos Carlos Catáneo, la llevó como presente al virrey, que al acto de

(1) Angel de Saavedra, duque de Rivas.
(2) Balzacellini.

(1) Giraffi.
(2) MS. de Capecatraty y otros autores. General

(1) De Santis.



BLANCO Y SUAVE COMO
EL ARMIÑO
TENDRÁ USTED EL CUTIS
USANDO Á DIARIO EL JABÓN
HENO DE PRAVIA

1,25 PASTILLA EN TODA ESPAÑA

PERFUMERÍA GAL. MADRID

LOS SEISES EN LA OCTAVA DE LA PUREZA



“Los seises de la catedral de Sevilla, bailando en la Octava de la Pureza”, cuadro de Gonzalo Bilbao

Los seises de la catedral de Sevilla, ó los niños cantoricos, como se les llamaba antiguamente, ponen en los solemnes cultos de la Octava á la Purísima la nota más graciosa y poética. A este efecto dice un esclarecido autor que el baile de los seises es una de las manifestaciones más tiernas del culto católico.

En el atardecer de los días de la Octava, cuando la luz mortecina del sol se quiebra en los ventanales góticos de la inmensa catedral, llenándola de suaves y misteriosos reflejos, las canciones de los seises semejan armonías que llegan de las alturas celestiales, y más parecen voces de serafines que de lenguas humanas.

No se ha podido averiguar á ciencia cierta el origen y antigüedad de los seises. Las noticias más remotas se refieren á que el Papa Eugenio IV, por bula dada en Florencia en 24 de Septiembre de 1430, según consta en el libro de entradas de la Contaduría Mayor de la Basilica sevillana, mandó que la ración número 20 se repartiase por mitad entre el maestro de Capilla y estos niños. Por dicha circunstancia los seises visten capas en las procesiones en que también las lucen los canónigos y beneficiados, dando á entender con ello que les corresponde parte de aquella ración.

Los seises de la catedral sevillana suelen pertenecer á las clases más humildes, y no se les admite si son mayores de diez años.

En el Colegio de San Miguel recibían educación musical y científica, antes de que se suprimieran los diezmos, quedando hoy reducida la enseñanza á las de Música y Canto y primeras letras.

Refiere la tradición que, queriendo un arzobispo de Sevilla suprimir los seises, por efecto de ciertos escrúpulos, el Cabildo fletó un barco y los mandó á Roma en unión del maestro de Capilla, para que danzasen y cantasen ante el Pontífice y desvirtuaran la opinión de quienes los estimaban irreverentes.

Otros son del parecer que lo que se hizo fué consultar sobre si debían bailar, como lo hacen, con los sombreros puestos, y que la concesión está limitada al tiempo que rompan los trajes que vestían cuando se les autorizó, por lo que no llegan á serles renovados de un modo total.

Aquellos son galanes y muy lindos.

Se componen del *vaquero*, que se ciñe al cuerpo desde el cuello hasta la rodilla y es de da-

masco celeste listado con galón de oro, así como el calzoncillo blanco con rosetas en cada parte inferior de los lados de afuera. Crúzales el pecho una banda de raso, y desde los hombros les caen unas aletas de damasco celeste galoneadas de oro. Las zapatillas son de badana blanca con moños de cintas celestes, y el sombrero, con el ala derecha á la chamberga, es también de rica tela blanca y celeste, recrucetada con galones de oro, partiéndole del centro un airoso plumón que les cae hacia la espalda.

En el Triduo de Carnestolendas y en la Octava del Corpus los adornos son de color carmesí.

Los graciosos y encantadores bailes los eje-

cutan en el presbiterio del altar mayor, que está enmarcado por altas verjas doradas, como de oro refulgente.

Primero hacen una reverencia postrándose de rodillas, luego se alzan y se colocan en dos filas, la una frente de la otra.

A los sonos armoniosos y dulcísimos de la orquesta cantan villancicos:

¿Quién es la que del cielo
serena se desliza,
del sol y luna ornada,
de estrellas mil ceñida,
de fulgor esplendente
en torno circuida,
purísima azucena,
paloma sin manchilla?
Es la madre del Verbo
sin mancha concebida.

ESTRIBILLO

Brote el cielo resplandores,
el suelo palmas y rosas;
que es concebida Maria,
de Dios Madre venturosa;
ángeles y serafines
á su tránsito se postran,
y el Universo á sus plantas
la cerviz humilde dobla.

COPLAS

Tu pureza inmaculada
cielos y tierra pregonan,
fulgente lirio del valle,
de Jericó esbelta rosa.

De su amor ofrenda pía
á ti consagra devota
Sevilla, que reverente
de tu protección blasona.

Y danzan, haciendo calados, cadenas y vueltas á paso de *vals*. Durante el baile alternan las canciones con el repiqueteo de las castañuelas, dando á la danza el sabor alegre y regocijado de la tierra.

Las líneas ondulantes que describen, las canciones que entonan con candor singular, el momento solemne del ocaso, rodean al cuadro maravilloso de las gracias más encantadoras, elevando nuestras almas á las regiones más altas de un ideal purísimo.

Catedral de Sevilla, niños, bailes, canciones, ¿quién no dirá trozo de cielo en la tierra de María Santísima?



Patio del Colegio de San Miguel, de Sevilla, donde dan clases los seises

HIPOFOSFITOS SALUD

ESPARTA



A no mucha distancia de la tuberculosis hállase la señorita que en pleno período de desarrollo se siente mala, con trastornos, por el cambio de edad, vahídos, dolor de cabeza, pereza intelectual, mucho sueño y cansancio al hacer ejercicio. Cualquiera impresión de ánimo la pone nerviosa; tiene palpitaciones de corazón, la cara triste, pálida, ojerosa: ¿Qué padece? La falta de hierro y glóbulos rojos en la sangre le privan de las funciones más necesarias para la vida. Para combatir tales estragos y decaimiento producidos por la cloro-anemia, nada hay mejor ni más eficaz que el uso de los **HIPOFOSFITOS SALUD** que hacen recobrar en poco tiempo la salud y la alegría.

**APROBADO POR LA REAL ACADEMIA DE MEDICINA
29 AÑOS DE CRECIENTES ÉXITOS**

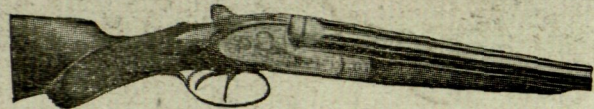
**AVISO: RECHÁCESE EL FRASCO SI NO SE LEE
EN LA ETIQUETA EXTERIOR, CON TINTA ROJA,
HIPOFOSFITOS SALUD
EN LA ARGENTINA PÍDASE
"HIPOFOSALUD"**



Agentes para la venta.—En la República Argentina: Iglesias, Bidón-Chanal y C.ª, Moreno, 661 y 663, Buenos Aires.—En Venezuela: Eliseo de Aramburu, Coliseo á Corazón de Jesús, 48, Caracas.—En Cuba: De venta en las principales farmacias y droguerías.—En Panamá: Gervasio García, Avenida Central, 68, Panamá.—En Filipinas: G. Martini, Limited, Droguería, Manila.—En Colombia: J. M. y N. E. Acosta Madieto, Progreso, 5, Barranquilla.—En Chile: Eduardo Limiñana, Santa Victoria, 350, Santiago de Chile.—En Puerto Rico: José Combas, Apartado 182, San Juan.—En Méjico: En las principales farmacias y droguerías.

J. C. WALKEN FOTÓGRAFO
Sevilla, 16

Escopetas finas de precisión y caza
PARA TIRO DE PICHON



EIBAR.—Victor Sarasqueta
Proveedor y fabricante de S. M. el Rey Don Alfonso XIII y de S. A. la Infanta Doña Isabel



PECHOS Desarrollo, belleza y endurecimiento en dos meses con **PILDORAS CIRCSIANAS**, Doctor Brun. Inofensivas. Recomendadas por eminencias médicas. ¡27 años de éxito mundial es el mejor reclamo! 6 pesetas frasco. MADRID, Gayoso, F. Durán, Pérez Martín. ZARAGOZA, Jordán. VALENCIA, Cuesta. GRANADA, Ocaña. SAN SEBASTIAN, Tornero. MURCIA, Seiquer. VIGO, Sádaba. VALLADOLID, Llano. JEREZ, González. SANTANDER, Sotorrio. SEVILLA, Espinar. BILBAO, Barandiarán. CORUÑA, Rey. TOLEDO, Santos. LAS PALMAS, Lleó. MALLORCA, «Centro Farmacéutico». HABANA, Sarrá. CIENFUEGOS, Farmacia «Cosmopolita». TRINIDAD, Bastida. PANAMA, «Farmacia Central». CARACAS, Daboin. SANTO DOMINGO, Fiallo. QUITO, Ortiz. MANAGUA, Guerrero. BARRANQUILLA, Acosta. Mandando 6,50 pesetas sellos a Pousarxer, Marqués Duero, 84, apartado 481, BARCELONA, remítase reservadamente certificado. Muestra gratis para convencimiento del éxito. *Desconfiad de imitaciones.*



Lea usted los viernes **NUEVO MUNDO**

Una Hora de Trabajo en diez Minutos

Desempolvar, Limpiar y Dar Brillo
a los parquets con

O-Cedar Mop

Polish

es un simple juego.

*Podéis desempolvar, limpiar y dar brillo a la vez
No hay que doblarse ni ponerse de rodillas.*

No mas rodillas cansadas,
no mas dolores de riñones, ni manos ensuciadas.

RECOJE Y ABSORBE EL POLVO.

De Venta en todas partes — Concesionario general :
A. G. GUNNISON, Valencia, 318, Barcelona.
Bilbao — Sevilla — Valencia.



AB
Comunicación
General

100/137